

SOBRE MUJERES III

*Relatos ganadores y finalistas
VII, VIII y IX Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania*

SOBRE MUJERES III

*Relatos ganadores y finalistas
VII, VIII y IX Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania*

Edición: octubre de 2025

© De los autores

Autor de la pintura de portada: José Luis M. Vidales

Fundación Fomento Hispania

Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq

28005 Madrid

Tel. +34 91 541 93 64

www.fundacionfomentohispania.org

info@fundacionfomentohispania.org

ISBN: 978-84-09-76798-4

Depósito Legal Número: M- 19791-2025

Diseño y maquetación: 3ddb

Impreso en Coyve Artes Gráficas

ÍNDICE

Presentación 9

IX Premio de Relato Fundación Fomento Hispania - Edición 2025 13

Introducción de los miembros del jurado:

Paloma Sánchez Garnica, María Ángeles Pérez López y Manuel Vilas 15

Amal o lo que mi madre dice (Claribel Aránega Pérez) *Primer premio* 19

El hijo De Diego (Diego De la Fuente Alcocer) *Segundo premio* 21

No se van a regar solas las plantas (María Gil Sierra) *Tercer premio* 23

El espejo (Matías Candeira de Andrés) 25

Cita en el centro (María José Martos Higuera) 27

Pavana de Fauré (Fátima González Iglesias) 29

Arrebolada (Paola Mireya Tena Ronquillo) 31

Voces en la caja (Ana Cristina Rodríguez Guerra) 33

“Las que arden” (Larraitz Peñin García) 37

Un lirio en Gaza (Nerea Correa Araujo) 39

VIII Premio de Relato Fundación Fomento Hispania - Edición 2024 43

Introducción de los miembros del jurado:

Alicia Giménez Bartlett, Rosa María Calaf y Ana Merino 45

Karibu (Marisa López Diz) *Primer premio* 49

Si es esto la muerte (Joaquín Correa Barco) *Segundo premio* 53

Once puñaladas (Santiago Eximeno Hernampérez) *Tercer premio* 55

La costumbre (Rosa Marina González-Quevedo) 59

Tercera línea (Mónica Peláez Fernández) 61

La letanía de María (Ladislao Barra Silva) 65

Invisible (Mónica Balboa Caurel) 69

La piel gruesa (Alejandra Striuk Torres) 71

Este otro lado del deseo (Agustín Celis Sánchez)	73
Tacirupeca (Rosa María Andreu Rueda)	75

VII Premio de Relato Fundación Fomento Hispania - Edición 2023 79

Introducción de los miembros del jurado:

Luz Gabás, Soledad Puértolas y Sergio Ramírez	81
-----------------------------------------------------	----

Un lucero en el bolsillo (Jesús Gella Yago) <i>Primer premio</i>	83
Los hidrófobos (Víctor Niso García) <i>Segundo premio</i>	85
Continuo espacio-tiempo (Raúl Ariza Pallarés) <i>Tercer premio</i>	87
Que elija el destino (Esteban Torres Sagra)	89
El primer paso (Virginia Jiménez Delgado)	91
La hora del baño (Paloma Rodríguez Ortega)	95
Que el viento te lleve (Nélida Leal Rodríguez)	97
Se vende (Raquel Pons García)	99
No supe verlo (Pilar Payo Pérez)	101
Mi pequeña gran circunstancia (M ^a de la Soledad Salas Alcaraz)	103

PRESENTACIÓN

Nueve ediciones de un premio de relato que tiene a las mujeres como temática principal, que viene siendo apoyado por unos jurados compuestos por escritoras y escritores del más alto nivel, (miembros de la RAE, galardonados con el Premio Cervantes, jurados del mismo Cervantes o ganadores del Premio Planeta y Premio Nadal, entre otros) y que mantiene una participación sostenida de más de mil quinientos relatos en cada edición, es un logro común de todas las personas que han hecho posible el Premio de Relato Fundación Fomento Hispania.

Este libro, *Sobre Mujeres III*, recoge los relatos finalistas y ganadores de las ediciones VII, VIII y IX del Premio de Relato Fundación Fomento Hispania, que en sus bases propone relatos de hasta cinco mil caracteres que tratan, de forma explícita o implícita, sobre las mujeres.

El Premio no habría alcanzado la relevancia que hoy tiene sin la entrega de quienes han integrado sus jurados. Su dedicación minuciosa, su mirada crítica y su pasión por la literatura han sido la garantía de la seriedad y la solidez del certamen. Gracias a esa labor, el Premio ha ganado prestigio y reconocimiento que actualmente posee. A lo largo de estas tres últimas ediciones hemos tenido el privilegio de contar con figuras como Sergio Ramírez, Soledad Puértolas, Luz Gabás, Alicia Giménez Bartlett, Ana Merino, Rosa María Calaf, Manuel Vilas, María Ángeles Pérez López y Paloma Sánchez Garnica. Que se unen a los jurados de los que hemos disfrutado en ediciones anteriores, Ángela Vallvey, Ernesto Pérez Zúñiga, Espido Freire, Rosa Navarro Durán, Ignacio Merino, Carmen Posadas, Inés Fernández-Ordoñez, Javier Moro, Ángeles Caso o Care Santos, entre otros y a quienes manifestamos en este libro nuestro más profundo agradecimiento pues es un auténtico lujo haber podido trabajar con escritoras y escritores de tan alto nivel, cuya obra ilumina la literatura contemporánea, un verdadero honor que engrandece este proyecto.

El Premio de Relato Fundación Fomento Hispania nació en 2017 en el marco del proyecto Fondo Bibliográfico que probablemente junto con el proyecto de Vivienda Social y sus recientes convocatorias de Vivienda Joven, se han convertido en los proyectos de mayor visibilidad de la Fundación.

El certamen refleja el compromiso de la Fundación con la defensa y conservación del patrimonio cultural, las artes y humanidades, y, sobre todo, la promoción de la cultura como herramienta de aprendizaje y transformación social. De ahí, este Premio nació con una intención clara: poner en el centro a las mujeres, visibilizar sus luchas, sus memorias y sus aportaciones a la cultura.

Desde el principio, el proyecto ha tenido un doble objetivo: dar un espacio de expresión a quienes participan en el certamen, y devolver a la sociedad una selección de relatos en forma de libro accesible al gran público. Pues tal y como nos señala el Premio Cervantes, Sergio Ramírez, *“... contra todas las predicciones sobre la decadencia y muerte de la literatura, la imaginación sigue viva en toda esa legión de escritores que buscan lectores, para mostrar los mundos que inventan a través de sus textos.”*

Creemos que Rosa María Calaf en el texto introductorio a los relatos de la IX edición resume perfectamente la filosofía de nuestro Premio de Relato: *“... en la literatura como en la vida, las mujeres han sido y son protagonistas, pero, demasiado a menudo relegadas a papeles secundarios, encasilladas en estereotipos cuando no, invisibilizadas y silenciadas.*

Por eso, es una alegría reconocer y premiar la calidad literaria y el ingenio narrativo mientras, además, se propicia y se resalta el mérito de contar historias que revelan las desigualdades, historias contra las barreras que insidiosamente aún persisten, historias que iluminan las sombras de lo que se quiere oculto y cuentan lo que se quiere callado.

Cada una de esas páginas, ha encendido la chispa de la rabia y de la empatía, de la verdad y de la justicia, de la admiración y de la voluntad de acción.

La literatura es una herramienta magnífica para inspirar, para cambiar mentalidades, abrir caminos distintos y consolidar logros.”

No queremos dejar de destacar, como decíamos en la anterior edición, uno de los frutos más valiosos de este camino y del que estamos más orgullosos, pues a raíz del Premio de Relato Fundación Fomento Hispania, y del proyecto Mujeres Reclusas de la Fundación, desde el que se realizan actividades culturales y formativas para las mujeres de prisión, surgió la idea de crear el Premio de Relato Mujeres que Cuentan, dirigido a mujeres que están cumpliendo penas privativas de libertad, y que ya va por su VI edición.

Y bueno, un certamen literario no existiría sin personas que escriben y presentan sus relatos. A quienes les agradecemos infinitamente enfrentarse a la dificultad del proceso de escritura, tarea ardua que como nos dice Alicia Giménez Barlett, requiere “... acostumbrarse a la soledad y sobre todo lo demás: no ser condescendiente con uno mismo sino aplicarse la autocrítica más severa y brutal.” Esta es la auténtica riqueza del Premio, que no reside únicamente en los volúmenes editados, sino también en todo lo que se activa durante el proceso creativo, los borradores, los intercambios de ideas, las vacilaciones y las convicciones que afloran al escribir sobre mujeres. Cada relato, cada voz y cada aportación de quienes participan y quienes finalmente no envían su borrador, se integra en un entramado muy valioso para la causa.

Nuestro reconocimiento final se dirige al equipo encargado de escoger los textos presentados como finalistas ante el jurado, un grupo de profesionales del ámbito literario, con sólida preparación y amplia trayectoria, que llevan a cabo una tarea sumamente compleja con gran rigor y exigencia, así como con la máxima profesionalidad.

La Fundación ha creado el audiolibro de este y los anteriores volúmenes de Sobre Mujeres como parte de este proyecto y con el objetivo de proporcionar una mayor accesibilidad brindando el acceso a estas historias al mayor número de personas posible. En la contraportada de este libro se tiene acceso a través de un código QR al enlace en el que escuchar y descargar los audios, que en realidad es como siempre se han contado las historias, oralmente, y como señala Luz Gabás en estas páginas, “... ofrecen al lector la posibilidad de descubrir grandes mundos condensados en pocos párrafos.”

Relatos ganadores y finalistas 2025
IX Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Paloma Sánchez Garnica
María Ángeles Pérez López
Manuel Vilas

Primer Premio

Amal o lo que mi madre dice (De Claribel Aránega Pérez)

Segundo Premio

El hijo (De Diego De la Fuente Alcocer)

Tercer Premio

No se van a regar solas las plantas (De María Gil Sierra)

Finalistas

El espejo (De Matías Candeira de Andrés)
Cita en el centro (De María José Martos Higuera)
Pavana de Fauré (De Fátima González Iglesias)
Arrebolada (De Paola Mireya Tena Ronquillo)
Voces en la caja (De Ana Cristina Rodríguez Guerra)
"Las que arden" (De Larraitz Peñin García)
Un lirio en Gaza (De Nerea Correa Araujo)

Introducción de los miembros del jurado

Un relato ha de condensar en pocas palabras una historia centrada en un suceso, un conflicto o una situación, todo ha de estar bien definido, no hay lugar a circunloquios o descripciones que desvirtúen el trasfondo de la trama. Los personajes han de ser pocos y bien definidos, enfocados en lo que se trata de contar sin florituras literarias ni artimañas. Cada uno de los relatos que he tenido la fortuna de leer y valorar contienen la esencia del buen hacer, porque leerlos me ha obligado a reflexionar sobre cuestiones de una estremecedora actualidad que nos afecta y mucho, de resistir a la barbarie, meditar sobre posibles y peligrosas distopías que podrían hacerse realidad, tal y como ocurrió con la novela 1984 de Orwell; he podido sentir el tenso dolor que siente una madre, las vidas y experiencias ignoradas de los viejos, esa memoria que enmudecerá con ellos quedando enterradas en el silencio de los cementerios. Todo ello con planteamientos oportunos y estructuras acertadas, manteniendo la tensión adecuada con precisión, dinamismo y una acertada economía verbal. Una delicia de lectura que, a veces, se hace demasiado breve, dejando esa dulce sensación de nostalgia que siempre deja una buena historia.

Paloma Sánchez Garnica

Como si se tratara de materia vibrante, estos relatos brindan palabras vivas en ecosistemas sorprendentes y cohesionados, en los que siempre encontramos alguno de los ángulos de nuestro propio rostro. Porque todo cuerpo (y los relatos que nos cautivan y atrapan también lo son en su condición material) participa del latido y del palpito, de la pulsación de lo imaginario en su forma lingüística, aquello que convierte pequeñas piezas verbales en seísmo, confín y vibración.

María Ángeles Pérez López

La vida es un cuento y un cuento es una pequeña leyenda amorosa que puede convertirse en un cuerpo, y un cuerpo siempre es erotismo. Los cuentos son eróticos en sí mismos, en su materia, en su gravedad: pesan poco en el aire y muchísimo en el corazón, ocupan un

espacio mágico, tienen atmósfera, tienen la brevedad de los mejores besos del mundo, huelen, son visibles pero a veces parecen invisibles, envejecen, son susceptibles a la humedad, parecen lebreles, gatos, pumas, parecen dioses añejados. Son leves como la brisa. Fuertes como una chispa a tres mil grados de temperatura, salida directamente del sol.

Manuel Vilas

PRIMER PREMIO

Amal o lo que mi madre dice

De Claribel Aránega Pérez

Mi madre dice que insistir en la vida no es gritar tras una pancarta ni golpear con saña al enemigo, las corazas con las que se protege hacen inservibles los golpes y no podemos malgastar nuestras fuerzas. Que insistir en la vida es lo que hacemos mientras los misiles descomponen nuestras casas en partículas de polvo y cocemos el pan en un horno improvisado esperando la llegada de Dina y Fatma con el agua. Nunca imaginé la utilidad de un bidón colmado de brasas donde coloco tortas de masa. Esto, dice mi madre llevando su mano al pecho, es insistir en la vida. Lo que hacemos cada día. Subsistir en un pedazo de tierra apisonada protegida del sol por una lona y orinar delante de todos. Nosotras que hemos hecho del pudor un emblema de castidad enseñamos nuestras vergüenzas a desconocidos. Es insistir en la vida porque después de esto, y señala la parcela compartida por doce personas, serás la más fuerte de las mujeres. Ha perdido a su marido y a sus dos hijos y el latido ausente de sus corazones es también insistir en la vida porque a través de sus ojos mi padre y mis hermanos viven. Cayeron al principio, enterrados bajo toneladas de escombros. La sepultura habitual de estos tiempos de barbarie. Un metrónomo hecho de explosiones marca el ritmo de los días, de nuestras menstruaciones en las que la sangre se mezcla con la de los cadáveres que velamos. La nuestra nos empapa silenciosa los muslos, no tenemos con qué limpiarla. Se seca como la tierra palestina y de la misma manera que nuestra patria se encoge, las costras negruzcas crecen sobre nuestra piel. El cuerpo de la mujer no tiene derechos en una guerra. Reservamos pedazos de tela para las mortajas, envolvemos los cuerpos entre plegarias y lágrimas y así los lavamos. Los coágulos secos sobre mis muslos son tatuajes de negación y aun así mi madre repite como si fuera un versículo del Corán que eso es también insistir en la vida, igual que amamantar entre cascotes antes de que la leche se ausente de unos pechos famélicos. Hija, mira como Aisha exprime sus pellejos y su bebé succiona para extraer un líquido sin alimento, así aprende a resistir con lo justo, a economizar. Todas sus células se programan para vivir un futuro de escasez en el que el

pan será un recuerdo. Dina y Fatma llegan por fin con el agua, una garrafa para lavarnos, la otra para beber o cocinar. Diez litros para doce personas. Me apresuro a limpiar los coágulos secos de mi menstruación. Me escondo tras una cortina y me afano en la tarea sin desperdiciar ni una gota. Una mujer es la herramienta más eficaz para paliar la escasez. No se ha inventado nunca un engranaje tan preciso. Mientras me aseo escucho el trajín a mi alrededor, la llegada del agua ha puesto en marcha la maquinaria: las raciones, lo prioritario, todo y nada lo es entre nosotras. Y aún así sonreímos. A Malek se le ha ocurrido atar su pantalón roto a la falda de su madre y la sigue en los exiguos metros compartidos, eso es insistir en la vida también, sonreír a pesar de todo. El girón de tela es una réplica del cordón umbilical y se ríe al comprobar cómo su madre se retuerce para propinarle un pescozón por la travesura. Somos higueras secas que reverdecen con la risa de un niño, un tesoro escasísimo porque ya no hay motivos para la alegría. Una reunión familiar, una boda... Qué lejana la sensación de plenitud con la que recibíamos los regalos de la vida: el abrazo de mi padre, mullido como un sueño feliz, su sonrisa y el perfume de jazmín en el patio de la abuela. Las cerezas de la huerta con las que hacía pendientes para Dina y Fatma. ¿Dónde ha ido todo eso?

Meriem está de parto. Sobre la lona sus alaridos ahuyentan mis pensamientos y son también una insistencia. Desde un rincón nos mira aterrorizada. No por el dolor de las contracciones sino por la certeza de traer al mundo un hijo sin padre ni abuelos ni hermanos. La orfandad nos auna en una ausencia común, la gran cúpula bajo la que una generación está siendo aniquilada. Dina y Fatma con solo once años nos ayudan en el proceso del alumbramiento. Ya no quedan cerezas para adornar sus orejas, las responsabilidades las han hecho crecer tan rápido que temo por su integridad. Cedo mi ración de agua que mi madre hierva en el bidón, al menos hoy el sol no quema y mi sed quedará mitigada por la generosidad colectiva. El bebé se resiste a llegar a este lugar olvidado del mundo como si no quisiera darle la razón a mi madre y a su teoría de insistir. Aparece su cabecita oscura, ensangrentada y audaz a pesar de todo. Luego la placenta, el saco primigenio donde todos nadamos antes de ser arrojados al océano hostil de la vida. Es una niña muy pequeñita, grita asombrada Dina. Otra engendradora de sangre nueva pero ya putrefacta, pienso. Jugo de cerezas agrias. ¿Cómo la llamarás? pregunto. Y Meriem contesta conocedora de la teoría de mi madre y sin aliento: Amal, la llamaré Amal... Hay que insistir en la vida. Ni hablar de rendirse. Tal vez en otra primavera podamos tener cerezas.

SEGUNDO PREMIO

El hijo

De Diego De la Fuente Alcocer

La Juani cruza sin mirar por la curva de los pollos y aporrea la puerta hasta que oye al Tuerto gritar que ya va, hostias, que ya va. Es mediodía y no hay un alma por la calle. La puerta metálica aúlla al abrirse. La Juani mira al Tuerto de arriba abajo, la camisa abierta, bermudas y chanclas; nadie lo ha visto nunca con el uniforme. El Tuerto no dice ná, eso es lo que dice: yo no digo ná, Juani, pero pasa, anda, pasa. En el cuartito huele a cocido y han bajado bien las persianas para que no entre la calor, como hace todo el mundo a esas horas. El resplandor azul de la televisión es la única luz en la estancia. La Juani se fija en los tres platos que hay sobre la mesa, los tres vasos con agua, las tres sillas vacías, ¿Y la Leonor? pregunta. El tuerto levanta la barbilla hacia una puerta, como diciendo ahí, en la cocina. Luego le señala una silla, pero la Juani no puede sentarse: no puedo sentarme, Tuerto, vengo atacá, ya sabes por qué. Y claro que lo sabe, el Tuerto ya la esperaba, solo era cuestión de tiempo. Leonor entra en el cuartito con la olla entre las manos y la deja caer en el salvamanteles con un golpe seco. Hace como si no los viera. Sirve sopa en dos platos y se sienta; los ojos fijos en la pantalla donde la ruleta de la suerte gira y gira. El Tuerto también se sienta. La Juani dice: Leo, bonita, yo de aquí no me muevo hasta que este no desembuche. Entonces será mejor que te vayas, dice el Tuerto. La Juani chasquea la lengua. Por tu padre, Tuerto, dice apretando la mandíbula, no me hagas ir al cuartelillo. Yo no puedo decirte ná, Juani. Ella golpea la mesa con el puño y grita ¡Sí que puedes, joder! En la televisión, el público del programa intenta animar a uno de los concursantes con vítores y aplausos, el presentador también intenta consolarlo, una mala racha la tiene cualquiera. El Tuerto se levanta y regresa de la cocina con media cebolla. Al menos dime si lo habéis metido en el calabozo, dice la Juani. El Tuerto niega con la cabeza. ¿Pero anoche estaba en el tiroteo? El Tuerto dice que sí, allí estaba. ¿Lo viste o te lo han contaó? Lo vi con el ojo bueno. El Tuerto saca una navaja del bolsillo y trocea la media cebolla sobre el plato. La Juani se gira hacia las fotografías que cuelgan de la pared; el resplandor de la pantalla no alcanza para distinguir quién es quién, pero ella

sabe que son fotografías de cuando el Tuerto no era tuerto, de cuando él y la Leonor se casaron y de cuando el Josito hizo la comunión. ¿Y por qué no está detenido? pregunta la Juani. El Tuerto se hace el sordo, limpia el filo de la navaja en las bermudas y se la vuelve a guardar en el bolsillo. La Juani se inquieta ¿Y lo estáis buscando? Todavía no, dice el Tuerto, cuarenta y ocho horas, así lo manda la ley. La Juani se agarra con las dos manos al borde de la mesa y agacha la cabeza hasta su altura. Pero qué ley ni qué hostias, Tuerto, no me jodas. Venga, díselo de una vez, dice Leonor sin dejar de mirar el programa. El Tuerto comienza a toser. Leo, dice la Juani, ¿tú sabes dónde está? por favor, dímelo, de madre a madre. La Juani nunca pide nada por favor, eso lo saben todos en el barrio, la Juani es dueña de tó lo que se le antoja. El Tuerto apura su plato en un santiamén. Juani, lleva cuidao, le advierte. Leonor se levanta de la silla y le sirve al Tuerto un cazo con garbanzos y tocino gordo. La Juani se mira las alpargatas. Si estoy aquí es porque os conozco. El Tuerto deshace el tocino sobre los garbanzos con la cuchara y dice: pues por eso mismo no tenías que estar aquí. La Juani mira a Leonor, que sigue de pie, con el cazo en la mano y la cara tiesa. Leo, bonita, tú me vas a ayudar, a que sí. Leonor agarra a la Juani del brazo y la saca al pasillo. Luego caminan hasta la única puerta entornada: nunca la cierro, dice Leonor. Las dos mujeres entran y se sientan sobre la cama desecha. La Juani pasea la mirada por la habitación del crío, hay un montón de ropa arrugada sobre una silla y cajones abiertos y trozos de papel por el suelo, tal vez una multa de tráfico, las persianas a medio bajar; todo está como él lo dejó hace años, no hace falta que Leonor se lo diga. Una mosca revolotea entre las dos mujeres, como si le costara decidir sobre cuál de ellas pararse. Leonor coge la almohada, se la lleva a la cara y aspira con fuerza. Después la deja en su sitio y dice: siempre crees que queda algo.

Cuando la Juani sale a la calle, la curva de los pollos vibra bajo el sol como un espejismo. La puerta metálica también aúlla cuando se cierra y Leonor regresa al cuartito y se derrumba sobre la silla. Se te ha enfriao la sopa, dice El Tuerto mientras pela una naranja. Ella se encoge de hombros, la vista de nuevo en la pantalla; uno de los concursantes se frota las manos, se agacha un poco y hace girar la ruleta.

TERCER PREMIO

No se van a regar solas las plantas

De María Gil Sierra

Así era su forma de amar: profunda y espaciada. Semejante al riego de las suculentas que siempre me traía de regalo. Tardé, pero acabé dándome cuenta de que lo nuestro no era una relación de pareja sino botánica. En nuestra primera cita, se presentó con una rosa del desierto. “De mantenimiento bajo”—subrayó para darle importancia al dato—. La planta me gustó. Con un ramillete de flores a punto de volar cual mariposas. Sus alas blancas parecían enmarcadas con el trazo grueso de un rotulador color rosa. Nada me comentó sobre la toxicidad en caso de ingesta. Lástima. Tal vez lo hubiera considerado como una advertencia.

Nos conocimos en el bar del Doré. Yo esperaba, con un menta poleo, a que abrieran la sala 2. Daniel solo estaba tomando café. Como no quedaban mesas libres, me pidió permiso para compartir la mía. Le dije que sí y enseguida inició la conversación. Su cabeza, cercenada de una escultura griega, me impidió seguir pegada al libro que leía. Además, me atrajo el color de sus ojos vivaces. Similar a las hojas de encina colmadas por el sol. Al terminar la sesión, ya estaba cerrado el bar. Pensé en él. Creí que no volvería a verle, pero lo encontré de pie, frente a la salida del cine. Supongo que no supe disimular la alegría porque caminé derecho hacia mí. Con la seguridad de ser bien recibido. Me preguntó por el documental que acababa de ver y alargamos la charla, entre cervezas, en un local cercano.

Quince días después de recibir la rosa del desierto, quedamos en mi casa. En lugar de vino, trajo un árbol de jade. Estaba muy nerviosa. Para garantizar la continuidad de una pareja, hay que aprobar con nota dos exámenes: sexo y cocina. El bacalao quedó seco. Pero Daniel aseguró que era capaz de sobrevivir en condiciones de sequía. Nunca supe si se refería a él mismo, al pez o a nuestra relación.

Aunque, pensándolo mejor, a quien miraba era al árbol de jade. En la cama triunfamos los dos. Ese día descubrí que era un maestro masturbándose y que llevaba alzas de unos cinco centímetros dentro de las deportivas.

Durante el resto de la primavera, Daniel siguió pautando nuestros encuentros quincenales. Fueron tres en total. Cada uno con su planta correspondiente: agave, siemprevivas y la lengua de suegra. Al llegar el verano, decidió aumentar el ritmo y pasamos a vernos cada semana. Mi casa parecía un jardín de cactus. Pequeños. Estrechos. Gordos. Aplanados. De espinas finas o gruesas. Yo los iba dejando donde encontraba hueco: sobre los poyetes de las ventanas, junto a los libros de la estantería, entre las especias de la cocina, al lado de las cremas del baño, bajo el perchero de pared. Busqué en internet cuántas variedades de cactus había. Y me desesperé pensando en las minúsculas dimensiones del apartamento. Afortunadamente, con el otoño, volvimos a los quince días entre cita y cita.

Como ya llevábamos un tiempo adecuado, mi conciencia se permitió hablarme de Daniel. Animosa, mostraba sus puntos positivos. “Cocina mejor que tú” —solía hacerlo él. Siempre en mi casa—. “Y es un experto con las manos y la lengua”. A veces, desoía esas virtudes y pensaba en dejarlo. Hasta que nos íbamos a la cama. Por otro lado, nunca supe dónde vivía ni a qué se dedicaba. Me hizo creer que era abogado, economista o profesor de artes marciales. Incluso, llegué a pensar que restauraba mármoles. No me dejaba usar el móvil. “Para no corromper nuestro amor”. Y jamás consintió en conocer a mis amigos. Ni a los compañeros de la clínica de ortodoncia donde me gano la vida como comercial ni al grupo de documentalistas aficionados.

Diciembre llegó con una noticia maravillosa. Por primera vez, habían seleccionado uno de mis cortos de sesenta segundos, en un festival de documentales con sede en Gijón. Llamé a Daniel emocionada. Quería que viniera conmigo. Al fin, viajaríamos fuera de Madrid. Lejos de mi apartamento. Pero me dijo que no. Que en invierno era suficiente con vernos una vez al mes. Esperé ese momento. Aunque a regañadientes, aceptó cambiar el lugar de la cita: mi casa por el bar del Doré. Cuando aparecí, él ya estaba. Con un café y un cactus de Navidad sobre la mesa. Sus ramas terminaban en llamaradas frías. Yo también le traía un regalo: una orquídea blanca. “Requiere mucho tiempo de atención” —le advertí mientras permanecía de pie—. “Es muy difícil de cuidar”. La dejé junto a la suculenta y salí del cine sin la necesidad de mirar atrás.

El espejo

De Matías Candeira de Andrés

La niña aparece en la oscuridad del parking subterráneo y se monta en mi coche sin avisar, sin ni siquiera pedirme permiso para entrar en mi tristeza llena de bordes. Los primeros días bloqueo la puerta con una violencia que me asusta.

¿Es que te quieres divertir aquí tú sola?, dice. ¿No te apetece un poco de compañía?

Es extraño. Cada vez que la dejo entrar se abrocha el cinturón con la única mano que le queda. Como si fuéramos a ir a alguna parte. Como si yo fuera su madre y me tocara enseñarle ciertas lecciones para destejer la vida: la importancia de los semáforos en rojo, el vacío negro de estrellas donde respiramos y vivimos y alguna vez soñamos, remotamente, para calibrar la balanza.

Apenas puedo hacerme cargo de mí misma, mucho menos educar a una criatura. Estoy ocupada tocando fondo. Ahorraré ciertos detalles sobre mi situación laboral y personal. En fin, una tiene su orgullo, aunque esté cubierto de mugre. Mi coche ha adquirido esa cualidad, diría, inequívoca; la del vertedero municipal. Pero es mi estercolero. Mío. Así quiero que siga. El asiento trasero acumula varias cimas de envases de comida rápida; noodles, pollo con salsa hoisin. También una bata de seda verde esmeralda. La doblo todas las mañanas como me enseñó mi madre hace ya muchos años. Los ceniceros rebosan. Dos montañas de colillas idénticas, creo que el mismo número de veces que he marcado el número de Marcos sin atreverme a pulsar la última cifra.

Cuando me da los buenos días, la niña juguetea con su única mano en el interior de su jersey raído; eso asoma de ahí, entre las costuras, igual que un hocico. Sospecho que podría atacarme o mordirme si le hago demasiadas preguntas. ¿Nos conocemos? ¿Tu visita significa algo que debo descubrir en mi pasado? ¿De dónde provienes? Al parecer, confundir sus intenciones despierta su ira; la obliga a ser evasiva, a excusarse con respuestas que escapan a mi comprensión:

No soy tu amiga invisible de la infancia. ¿Quién te has creído que eres para mirarme así? Mi historia es más complicada. Vamos a callarnos un rato, ¿de acuerdo?

Intento ser amable. He tratado de explicarle que me gustaría pasar mi duelo sola, cubrirlo de flores frescas, fumar dentro de mi Peugeot hasta que se me arruguen los dedos y llamar por fin a Marcos, mi brújula, mi vía láctea. Quiero entender por qué no

soy la voz que contesta al otro lado. Pero por algún motivo, mi compañía inacabada, este dolor erizado de púas, le han terminado pareciendo un lugar tan valioso como la vida verdadera. Algunas tardes mira fijamente las columnas pintadas de gris y rojo; esa gotera que suena en la oscuridad, y que ya es como una música que solo nosotras entendemos.

Sois muy curiosos los seres humanos, me confiesa. Vuestros dramas son infinitesimales.

Esta es nuestra vida ahora. Un coche aparcado en un parking subterráneo en la otra punta de la ciudad, con las ventanillas cubiertas de polvo blanco. Pasamos las horas a oscuras, sin encender la luz del interior. Hace semanas que dejé preguntarme por qué la he dejado quedarse; quizá por esa cualidad de borrón transparente que me resulta familiar, la misma que tengo yo estos últimos días, cuando descubro por fin el borde cortante de otra tristeza nueva: Marcos se ha ido a vivir con una chica de 26 años que dejaba likes en todas sus publicaciones, hasta en esos videos de perritos y gatitos rescatados. Yo jamás los vi hasta el final.

La niña se queda ahí con su única mano en el regazo, una mano arrugada y blanca; de pájaro, se diría, de algo anterior a los pájaros; tan rígida como una pregunta que no cose ni descose nada al aire. Su jersey ha ido pudriéndose más. Algunos días detecto en ella una breve llama de ternura. Asoma bajo la superficie de su voz, como una hormiga que enseña las antenas.

Que sepas que te he elegido a ti, como podía haber elegido a otra.

Le dejo poner la calefacción al máximo todas las veces que quiere. Ya ni siquiera trato de razonar para explicarle lo que el calor podría hacerle a su cuerpo. Es ella, sea quien sea, sea lo que sea, la que hurga en mis cedés como una comadreja y elige la canción que nos salvará ese día; y una tarde –estamos ya cerca de junio; el suelo del parking desprende chorros de vapor– me descubro mirando fijamente su jersey de lana, sus calcetines azules manchados de tierra oscura, esa única mano con la que coge mi barbilla. Una mezcla infinita de asco y comprensión. Vamos, vamos, dice, no hay que dejarse nada dentro. Lloro sobre su hombro. Hundo la cabeza en esa otra oscuridad. Me vacío. Al terminar, la niña abre la guantera con delicadeza y me tiende un trozo de papel que ya he usado antes. Entonces la miro de vuelta y comprendo por fin: la tristeza es una tierra muy extraña, y es su turno. Por primera vez la veo temblar. Me tapo los oídos, cierro los párpados con fuerza, me acurruco en el asiento y aprieto los dientes para que ningún trozo de su dolor entre en mí. Y grita tan fuerte, y deforma tanto la boca, y todo pide permiso para desaparecer.

Cita en el centro

De María José Martos Higuera

Ayer quedé con él en una cafetería del centro. Iba sin grandes expectativas, pero aún así no podía evitar un cierto nerviosismo, que en mi caso solía terminar en una escapada veloz al aseo cercano y no a empolvarme la nariz precisamente. Llegué temprano, me gusta llevar ventaja, no es para mí eso de hacer esperar. Cuando entré a la cafetería sonaba aquello de “se peinaba a lo garçon”, del gran Sabina. Ese pequeño detalle le aportó un poco de alma a aquél sitio moderno y anodino que tanto se lleva hoy día, donde hay tartas de zanahoria y calabacín y el café tiene nombres extraños. Me atendió un camarero de mirada jovial, que tardó más en apuntar la comanda en su tablet que yo en decidirme por el moka caramel o el chai latte. Cuando levanté la mirada ya estabas tú allí plantado frente a mi, con tu sonrisa de medio lado, a lo Harrison Ford. Fue verte y recordar cada palabra de mi terapeuta, sé sincera Gabriela, cuéntale todo lo que llevas años escondiendo, será liberador. Hola papá, cuánto tiempo sin vernos.

Pavana de Fauré

De Fátima González Iglesias

Yo solo quería una casa en las afueras y el flequillo de Brigitte Bardot, derribar molinos y frotar lámparas de cobre de donde salen los genios para pedirte fuego, con los brazos cruzados y un winston colgado de la comisura.

Y solo quería una tarde de lluvia para hilvanar amapolas en las solapas, amapolas que sangran sobre alambres de espino. Nunca he buscado el amor, pues en el oráculo de las flores se advierte que nadie me quiere. Las disciplinas de lo inútil se conjuran alguna vez para hacer los sueños realidad. La primavera temprana, el cuco sobre la rama, las rebajas. Los días iguales y las noticias. Pero yo, que conozco los himnos y las euforias, yo, que no soy nadie, he de ser un día. Eso pensaba cuando lloraba la muerte de Val Kilmer, ahuyentando las moscas de mayo y bebiendo sorbitos de té con el meñique levantado. Después, los enjambres. La pictórica gloria de la abeja en la flor, la juventud que se desgasta tras un labial rojo y los cafés. El confeti del 31, los deseos como un mantra y la prisa en el reloj, herrumbrosa y quejica. Un pestañeo y llegan los cuarenta. Y Val Kilmer está muerto. El hedonismo dadivoso de unos ojos de muñeca, el zapato perdido, volver a casa en una calabaza con ruedas. Llenar el lacrimatorio y ofrecérselo a la bruja medicinal que vive al final del cuento. Como ella quise transformarme en persona de probidad, digna de toda simpatía, ser modelo de virtud, ser la guinda en el pastel, la novia blanca, la herida mortal, destacar. Ser la primera mujer en algo, vivir en el misterio de los puntos suspensivos, querer en diminutivos y entender que nadie vendrá a salvarme. Y como nada alcancé me conformé con soñar, soñar y querer, como Ofelia. Ofelia me enseñó a pintar un círculo y un triángulo, las formas más complejas de la naturaleza. Érase un olor a lápiz, figuras de plastilina, rodillas rojas de mercromina. Hay mujeres que destacan. Ofelia sin flores. Después poco me quedó, alguna risa furtiva, los pies colgando de las ramas, la fruta verde. Los hermanos imbéciles que te robaron a mamá. De los hermanos imbéciles hay tanto que decir. El primogénito. El varón. El gilipollas. El príncipe tirano que no se hace la cama para deleite de los ancianos.

Pero yo he despertado conciencias dormidas, acaso en algún lugar. Y he pintado en el tisú del cielo nubes y pájaros volcánicos. Y al cerrar los ojos solo veía las vírgenes de Murillo y sus mantos azules, los cables a contraluz y una niña con una rosa en el pelo. La

cigarra dorada en una hoja de jade y la magia. Sonaba la Pavana de Fauré y yo tan lejos de casa. Los tiempos de la tribulación, los tiempos de siempre. El fin del mundo muy cerca y un año más, tampoco. Yo, que he muerto tantas veces, sé que nos encontraremos como si nada en la pura coincidencia anatómica, en algún planeta sulfúrico y gris donde ser extranjeros y refugiados y llevar chanclas con calcetines blancos. Tú me dirás que quieres hallar el diámetro de la circunferencia de Júpiter redondo y yo que quiero el flequillo de Brigitte Bardot. Ya no busco el juramento en los amores, que enhebro agujas y remiendo las tardes delante de un ángel de cristal en la ventana. Poco sabía sobre la vida pero detrás de las cortinas están los días donde viven también las niñas de humo. Las niñas que leen a Rosalía, las niñas con las manos rojas que rasgan los velos del cielo y desatan tormentas y cuentan visualizaciones. La vida late como una turba de lombrices en algún agujero del mundo. Hay un preludio de fin a mi alrededor, un preludio de migas de galleta y una liebre sentada en mi butaca que me da consejos señalándome con el índice. Una liebre que recita burlesca todo lo que he hecho mal bajo la congregación de las masas. Hay un olor de ceras y humo y un vaticinio de huesos marrones. Hay una bruja en el espejo que llora y se pone rímel y llora rímel. Es lo que ocurre al remover en el sedimento de los años, dice. Los rayos atravesando el marfil desvaído de las cortinas y blanqueando sepulcros e intenciones.

Podría pensar, si pensar fuera posible, que es malo saber mucho y que hay que esperar con las lámparas encendidas, que el señor de la casa no te pille durmiendo. Porque eres mala, mala como Jessica Rabbit; mal dibujada. Pero todos queremos a Jessica.

Soplar un diente de león es lo que me diferencia de las bestias pero sigo queriendo una casa en las afueras. Doy vueltas con las manos tras la espalda, jubilada de cuestiones ajenas, sin capacidad de doler. No hay en el mundo una triste lámpara que frotar. Los genios se han retirado, solo me queda Almodóvar.

Vengo de conocer el reino, tras el umbral que cruzan los gatos cuando se van, me traje de vuelta la Dama del Lago. Hay mujeres que destacan. También hay un sabio dentro de un roble que habla como Alejo Carpentier. Me hubiera quedado pero en un despiste estuve a punto de perder las consonantes.

Arrebolada

De Paola Mireya Tena Ronquillo

Se pone de pie. Está entumecida. Al estirarse, mira a su alrededor. Le cruje todo. Se despereza. Descubre más como ella, todavía dormidas, alineadas una tras la otra. No tiene tiempo para despertarlas. Algo la alerta. Ya viene. Corre. Atraviesa veloz el pasillo. Cuando llega al final del párrafo, duda. Gira a la izquierda. No sabe muy bien dónde está. Salta sobre la subordinada más próxima. Luego encima de una esdrújula. El impulso la eleva hasta lo más alto de un paréntesis y cruza al otro lado. Se oculta entre los puntos suspensivos. Pecho tierra bajo las frases simples. Una coma le rasguña las letras. Aun así, continúa. Ya casi llega. Puede ver el borde, allá a lo lejos. Blanco y simétrico. El ángulo de la página final. Sin embargo, justo antes de que lo logre, la escritora la apresa entre los dedos. Con delicadeza, pero firme. La palabra que se le escapaba. Qué bello adjetivo. Y la coloca en su sitio, entre todas las demás.

Voces en la caja

De Ana Cristina Rodríguez Guerra

La abuela Margarita casi nunca sonreía. En ocasiones especiales, sus labios apretados se relajaban y se curvaban tímidamente. Era como si los músculos de su cara no supieran qué tenían que hacer. También había reducido al mínimo el número de palabras que salían de su boca.

- Abuela, ¿por qué no hablas? -, le preguntó Alexia en una ocasión.

- Porque hace tiempo que ya no tengo nada que decir -, respondió ella con un susurro y una mirada anegada en dolor.

Su mutismo no se alteró ni siquiera cuando aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad. Para cuando quisieron darse cuenta, solo pudieron dejarla marchar en silencio, exactamente como había vivido.

Mientras Alexia recogía sus pertenencias, pensaba en lo poco que conocía a su abuela. Absorta en sus pensamientos, la blusa que intentaba sacar del armario en ese momento se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo. Cuando se agachó para recogerla, se dio cuenta de que en el fondo del mueble había una caja de madera. Podría haber sido un joyero, pero era demasiado humilde, sin ningún tipo de decoración. Instintivamente, decidió esconderla en su bolso y llevársela a casa sin decir nada a su madre, que se afanaba por limpiar el resto de la casa.

Esa misma noche Alexia abrió la caja. En su interior encontró una insignia con forma de estrella también roja y varias fotografías de su abuela de joven. En todas aparecía sonriente, bellísima. Sin embargo, dos llamaron especialmente su atención. En la primera aparecía junto a un hombre que no le resultaba conocido. Ambos sonreían mirando a la cámara, mientras levantaban el puño derecho con orgullo. Llevaban una especie de mono de trabajo y un gorro tosco y picudo en la cabeza. Sobre sus hombros reposaban sendos fusiles. Giró la imagen y en la esquina inferior derecha había una fecha: «Septiembre, 1936». La segunda imagen era de un bebé regordete envuelto en mantas muy viejas. En su cara, Alexia pudo apreciar rasgos que le resultaban conocidos, pero no supo identificar nada más. En el reverso había otra anotación: «Junio, 1937. El pequeño Manuel».

Cada vez más intrigada, siguió rebuscando. Al azar, abrió uno de los sobres y se

encontró con una cuartilla.

Mi querida Marga,

Ya estoy en capilla. Siento mucho todo lo que ha pasado. Lo que más me pesa es que ahora te voy a dejar sola con nuestro pequeño y no es justo. Ojalá pudiera verle crecer. Edúcale bien, sin rencor. No alimentes su odio porque eso no le llevará a nada. Sé feliz, mi amor. Os amo tanto...

De tu compañero que nunca te olvida,

Ignacio

¿La abuela había estado casada antes? ¿Y el bebé de la foto? No entendía nada.

Sacó su teléfono móvil y escaneó la imagen para poder realizar una búsqueda en Internet. Encontró algunas escenas muy parecidas en las que hombres y mujeres llevaban unos atuendos semejantes. En un Foro de Historia encontró una entrada que le permitió deducir que eran uniformes de milicianos republicanos que habían luchado en la Guerra Civil. Le costaba mucho pensar en su abuela empuñando un arma y disparando y mucho menos siendo... ¿Qué? ¿Comunista?

Probó a buscar el nombre de su abuela, pero únicamente apareció la esquila de su defunción. Cuando estaba a punto de desistir, le dio por poner el nombre de aquel pueblo miserable del que había huido junto con el abuelo en la postguerra. Observó los resultados de búsqueda y pinchó en el primer enlace. En la pantalla del teléfono apareció el titular de un pequeño periódico local: «La familia de Ignacio Tascón busca sus restos en el cementerio municipal». Siguió leyendo atentamente. En el artículo se hacía referencia a que había sido detenido a finales del año 1937 junto a su compañera Margarita. Ambos fueron juzgados. Por algún motivo, ella quedó en libertad, pero a él lo fusilaron. En el momento de la detención, la pareja, que intentaba exiliarse, llevaba consigo un bebé del que no se sabía su paradero. No se indicaba su nombre, pero a Alexia le dio un vuelco el corazón. ¿Y si ese bebé era el mismo que aparecía en las fotos?

Observó la imagen que acompañaba el artículo. En ella aparecía un joven, mirando seriamente a cámara mientras sostenía un retrato en blanco y negro del mismo hombre que posaba con su abuela vestido de miliciano. En el pie de foto ponía: «Alonso Tascón posa con el retrato de su tío abuelo, Ignacio». Con esa información Alexia hizo una última búsqueda en redes sociales para localizar el perfil del joven entrevistado en el artículo. Tras unos minutos lo localizó. Echó un breve vistazo, constatando que era la misma persona y decidió escribirle un mensaje directo. Le indicaba quién era, el hallazgo de la caja y la posibilidad de que ambos estuvieran conectados por el pasado. Releyó el

mensaje y lo envió con la esperanza de que no tardara mucho en contestar.

Estaba exhausta y profundamente triste. A la pena de haber perdido una abuela ahora le añadía la terrible realidad de que no conocía ni siquiera su propia historia familiar. Y aquello, le heló el corazón.

“Las que arden”

De Larraitz Peñin García

En el año 2146, la Tierra era un cuerpo envejecido. Los océanos habían desaparecido, convertidos en desiertos salobres que brillaban bajo soles que ya no dormían. Las ciudades colgaban en estructuras suspendidas sobre ruinas, sobrevivientes de guerras que la historia oficial llamaba “los Conflictos de Recursos”.

Pero en los subsuelos —en los túneles, en los rincones sin cámara ni decreto—, otras versiones se contaban.

La verdadera guerra, decían, no fue por comida ni petróleo. Fue por algo mucho más antiguo. Por algo que despertó.

Todo comenzó con sueños.

Mujeres de todas las edades comenzaron a hablar de pesadillas que no eran suyas. Una joven mecánica en una estación orbital soñó durante seis noches seguidas que moría en una hoguera, gritando en francés antiguo. Una anciana en las ruinas de Bogotá empezó a escribir poemas en árabe clásico, lengua que jamás había oído. En los barrios flotantes de Lagos, una niña de ocho años recitó en voz alta un juicio inquisitorial del siglo XV, palabra por palabra.

Los hombres en el poder lo llamaron Síndrome de Eco Femenino. Una disonancia neurológica.

Una enfermedad.

Pero las mujeres sabían que no era eso.

Era el pasado regresando. No como historia. Sino como furia.

Una nueva generación había nacido con las memorias de sus antepasadas. No como metáforas. Literalmente. Cada mujer llevaba dentro fragmentos de otras: mártires, brujas, esclavas, profetas, campesinas, filósofas, todas aquellas que habían sido silenciadas, quemadas, enterradas bajo siglos de vergüenza.

El fenómeno creció. Y con él, el miedo.

El Consejo Central ordenó campañas de reajuste cognitivo. Pastillas que bloqueaban la actividad onírica, implantes de vigilancia, reclusión para las “recodificadas”, como ellos las llamaban. Se crearon centros especiales donde se las contenía, se las educaba “en silencio”, se les borraban los recuerdos... hasta donde era posible.

Pero no era enfermedad ni locura, era memoria.

En uno de esos centros, en el margen helado del norte, vivía Alma.

Tenía treinta y dos años, era maestra. Le habían confiado el “Programa de Suavización Lingüística”. Enseñaba a las niñas a hablar de forma más neutra, a reescribir su propia historia sin palabras incómodas como “rebeldía”, “brujería”, “dolor”. Sonreía. Obedecía. Pero de noche, bajo el ruido blanco de los detectores, escribía.

No con tinta. No con teclas. Escribía con fuego.

En un diario secreto tallado en placas térmicas, grababa testimonios de las que recordaban. Los sueños, los nombres, los rostros. Una noche, una niña le susurró que se había visto atada a una piedra en el río. Otra, que su garganta ardía de tanto gritar en un idioma que nadie entendía. Alma las escuchaba todas. Y sentía crecer algo en su interior.

Un día, despertó ardiendo.

No en sentido figurado. Su cuerpo emitía calor. Su piel marcaba la tela. Sus ojos brillaban con una luz rojiza, como si una estrella vieja hubiese decidido habitarla. Las cámaras lo vieron. Los guardias entraron.

Pero no pudieron tocarla.

Cuando se acercaron, la temperatura subió tanto que las armas se fundieron en sus manos.

Alma caminó por el centro del campo con la piel en llamas. No gritaba. No corría. No temía. Y entonces habló, desde los sistemas de audio intervenidos:

—No estamos enfermas, somos la memoria y hemos vuelto.

El mensaje fue escuchado en los cinco continentes. En zonas de cuarentena, en campos de ajuste, en estaciones lunares. Mujeres de todas partes comenzaron a arder. Algunas de forma literal. Otras, simbólicamente. Ardían de recuerdos, de historias que nunca vivieron pero que llevaban cosidas en los huesos.

Los gobiernos intentaron reprimir. Pero ¿cómo se reprime lo que ya ha ocurrido?

Se formaron redes. Campamentos. Retiros ocultos en cuevas y azoteas. Volvieron lenguas antiguas. Se revivieron nombres que ya no estaban en ningún libro.

En el corazón de una ciudad hundida, un grupo de mujeres construyó una torre sin puertas, hecha de piedra negra. En su cima, una llama siempre arde. Nadie la alimenta. Nadie la toca. Dicen que allí vive Alma, o su espíritu, o su eco.

Y las niñas nacidas después tienen sueños también. Pero ya no son pesadillas. Son instrucciones.

Sañaron que caminan por senderos de fuego, que sus palabras rompen paredes, que sus manos curan y destruyen, que no temen ser llamadas brujas.

Porque lo son, y esta vez, no vendrán solas.

Un lirio en Gaza

De Nerea Correa Araujo

Amina regaba el lirio de la encimera de su cocina todas las mañanas. Le gustaba mirar cómo la planta lucía cada día más fuerte y se levantaba majestuosa, lista para afrontar otra jornada calurosa en el centro de la ciudad. Sin embargo, tras los bombardeos, ya no hay flor. Ni siquiera existe la encimera donde los rayos de sol se posaban, y el piso que consideraba su hogar ya era solo escombros, como muchas de las calles de Gaza.

Amina ya no cuidaba flores, ahora se encargaba de su madre, que se había quedado ciega después de que el cristal de un escaparate explotara por la sacudida de otra de las bombas. Lo último que vio fue a su vecina, con la que huía, siendo atravesada por los trozos de vidrio que no llegaron a sus pupilas.

Dejaron atrás su barrio en llamas, sus recuerdos en cajones que ya solo eran ceniza, los cuerpos de muchas de las personas que las saludaban por la calle enterrados bajo cemento y ladrillos. Incluso dejaron arder sus gustos, sus pasiones y sus miedos. En el campo de refugiados pudieron ver una de las pocas cosas que nunca perderían ni podrían arrancárselo: su identidad. Allí, a pesar de las ollas vacías y la desesperanza que se palpaba en el ambiente, la comunidad era lo único que les quedaba. Se contaban sus historias, recordaban a los que habían perdido, tarareaban las canciones que siempre habían cantado a los niños y la tierra de aquel paraje donde ahora vivían se agarraba a sus pies como si fueran raíces, sabiendo que allí era donde pertenecían.

Los días continuaron con ataques a los hospitales, violaciones, bebés desaparecidos que encontraban desmembrados aún con el pañal puesto, muertes de civiles, hambruna y enfermedad. Amina encontró un trozo de espejo y pudo mirarse por primera vez después de varios meses. No se reconocía: su rostro cadavérico se asimilaba al de aquellas películas de terror que no podía ver sola porque después tenía pesadillas. Y eso parecía, una película, por la gran cantidad de cámaras y prensa que podía ver los días en los que los bombardeos eran mayores. Al principio creía que quizás la gente de todo el mundo que viese que estaba pasando reaccionaría como hicieron aquellas personas del siglo pasado que vieron los vídeos del holocausto después de la Segunda Guerra Mundial, donde incluso la justicia actuó. Sin embargo, este genocidio en directo no estaba causando la misma impresión.

Amina cuidaba de su madre, pero no era suficiente. No podía alimentarla bien, ni darle todos los medicamentos que necesitaba. Enfermó con altas fiebres y dejó de sentir las piernas, ya no podía andar. Con ayuda de otros refugiados lograban poder llevarla a ver el atardecer, pues aunque estaba ciega decía que el recuerdo del sol bajando con su luz roja se había quedado impregnado en su retina.

Una noche, después de acostar a su madre, que seguía perdida en el atardecer, el cielo volvió a iluminarse. Esta vez el objetivo era el campo de refugiados. Otra vez su casa, sus vecinos, el fuego. Amina corrió a buscar a su madre, la que estaba intentado salir arrastrando sus brazos y quemándose con la tierra del suelo. Intentó agarrarla, usar la poca fuerza que tenía en su cuerpo, pero no era suficiente para llegar a un sitio seguro. Otro estruendo le hizo perder la consciencia. Todo era negro.

Amina despertó a salvo, la habían rescatado y llevado a un sitio seguro. Sin embargo, allí no estaba su madre. Ella volvió al refugio, con la esperanza de volver a encontrarla. Y así fue, la encontró enterrada entre escombros. Supo que era ella porque sobre las piedras se alzaba su brazo, reconocible por el anillo que siempre llevaba en su dedo anular. Le recordó al lirio que regaba todas las mañanas, que se alzaba cada día más majestuoso, en casa. Cuando pudieron desenterrarla confirmaron que estaba muerta.

Relatos ganadores y finalistas 2024
VIII Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Alicia Giménez Bartlett
Rosa María Calaf
Ana Merino

Primer Premio

Karibu (Marisa López Diz)

Segundo Premio

Si es esto la muerte (Joaquín Correa Barco)

Tercer Premio

Once puñaladas (Santiago Eximeno Hernampérez)

Finalistas

La costumbre (Rosa Marina González-Quevedo)

Tercera línea (Mónica Peláez Fernández)

La letania de María (Ladislao Barra Silva)

Invisible (Mónica Balboa Caurel)

La piel gruesa (Alejandra Striuk Torres)

Este otro lado del deseo (Agustín Celis Sánchez)

Tacirupeca (Rosa María Andreu Rueda)

Introducción de los miembros del jurado

A veces me preguntan qué hace falta para escribir. Suelo contestar: "Depende de lo que quieras conseguir con la escritura". Hay quien escribe con fines terapéuticos. Se sientan frente al ordenador y cuentan cosas que les aligeran el alma y les sientan bien. Para esa finalidad es suficiente con ser sincero con uno mismo. Otras personas escriben en plan autobiográfico sólo para no olvidar partes de su vida que consideran cruciales. En tal caso, con ser fiel a la memoria bastará. Hay más casos, todos de índole personal, que no requieren demasiadas condiciones ni una preparación previa exigente. Sin embargo, para aquel que quiera escribir con ansias literarias, con la aspiración de dedicarse a ello e incluso ganarse la vida como "profesional" el asunto se complica muchísimo. Para empezar, hay que sentir auténtica vocación, no sólo perseguir el éxito ni la fama. Después hay que leer una barbaridad: no sólo autores por los que sientas predilección sino todos aquellos de los que puedas aprender. Hay que tener una mínima cultura, ser observador y reflexivo, no tener prisa en publicar, contar con tiempo libre, dedicar horas y horas al trabajo, acostumbrarse a la soledad y sobre todo lo demás: no ser condescendiente con uno mismo sino aplicarse la autocritica más severa y brutal. Después de todos esos "mandamientos" llevados hasta el extremo, nada garantiza que se logre un resultado que valga la pena. Y es que escribir es un "oficio" duro, desagradecido, exigente y a veces enloquecedor. No hay que fiarse nunca de quien te dice: "¡Qué bonito ser escritor! A solas con las musas de la creación." Idea falsa y anticuada. En contra de todo lo dicho afirmaré que de los grandes momentos de felicidad que he experimentado en mi vida, el ochenta por ciento se ha producido mientras escribía. Supongo que ahí reside un misterio a descubrir: dentro de ese maldito ordenador que nos obedece ciegamente o, utilizando la fórmula clásica: en el lápiz y el papel.

Alicia Giménez Bartlett

¡Qué importante es hacer sentir que se nos escucha y hacer ver que no estamos únicamente sujetas a escrutinios mal intencionados y descréditos bien diseñados! En la literatura como en la vida, las mujeres han sido y son protagonistas, pero, demasiado

a menudo relegadas a papeles secundarios, encasilladas en estereotipos cuando no, invisibilizadas y silenciadas. Por eso, es una alegría reconocer y premiar la calidad literaria y el ingenio narrativo mientras, además, se propicia y se resalta el mérito de contar historias que revelan las desigualdades, historias contra las barreras que insidiosamente aun persisten, historias que iluminan las sombras de lo que se quiere oculto y cuentan lo que se quiere callado. Cada una de esas páginas, ha encendido la chispa de la rabia y de la empatía, de la verdad y de la justicia, de la admiración y de la voluntad de acción. La literatura es una herramienta magnífica para inspirar, cambiar mentalidades, abrir caminos distintos y consolidar logros.

Rosa María Calaf

Estos relatos te sumergen en universos de voces muy personales con sus sutiles atmósferas. En pocas palabras descubrimos personajes y realidades que nos conmueven. La condensación de estos relatos tiene un ritmo musical que sabe balancear descripciones y diálogos. Sentimos curiosidad y emoción en cada una de las líneas que leemos. Los relatos nos hacen reflexionar sobre la sociedad y la realidad de las mujeres, impregnan de literatura problemáticas que nos asustan y que necesitan ser narradas. Escribir es una forma de comprometerse con el mundo y compartir nuestras inquietudes más profundas. En estos relatos los lectores encontrarán compromiso y literatura.

Ana Merino

PRIMER PREMIO

Karibu

De Marisa López Diz

En los ojos de Kimya podía caber un elefante, sin embargo, yo solo veía un abismo aterrador al que no me atrevía a asomarme, un vacío tan oscuro como la noche sobre las aguas del río Ruzizi.

Llegué al norte de Burundi huyendo yo también de mis propias miserias. Había llegado allí como voluntaria, cargada de equipaje inútil y demasiados recuerdos. Lo más auténtico que me encontré fueron las sonrisas de los niños de una pequeña escuela, brillantes como un sol al amanecer. Era lo único que tenían. A mí ni siquiera eso me quedaba.

Allí descubrí que cada niña arrastra una desgracia que la acompaña como un perro flaco, que olisquea sus pasos y aúlla por las noches en la tierra de la llanura sin fin. Pero también aprendí lo que quería decir Penye nia pana njia, (Donde hay un deseo, hay un camino).

La escuela estaba al final de una estrecha y polvorienta carretera, llena de agujeros, y todos los días veía venir a un grupo de niños y niñas andando, como una gran mancha de café sobre el paisaje. Algunos tenían que caminar durante dos horas para llegar, pero nunca los oí quejarse por ello. Lo único que tenían era tierra. Tierra para andar, tierra para pisotear la miseria, tierra para enterrar a sus muertos.

La tala de árboles que había sufrido aquella aldea la había convertido en una enorme sepultura de tierra seca, árida y triste que se clavaba en la mirada del extranjero y en los pies de aquellos niños y niñas que caminaban entre aquel vacío inhóspito y reseco.

La primera vez que vi a Kimya fue una mañana de septiembre -a finales de la estación seca- asomada a una ventana, mirándome desde la oscuridad asombrada de sus ojos.

-Jambo- le dije sonriéndole, pero la expresión de su rostro no cambió. Nada me dijo. Ni siquiera pude intuir una sonrisa. Nada.

Todas las mañanas, cuando pasaba frente a su casa, repetía la misma palabra,

como si esperara un milagro. Pero nunca ocurría nada. A veces me volvía y veía sus ojos clavados en mí como una daga, siguiéndome igual que una sombra. Recuerdo que un día pregunté a un anciano del poblado quién era aquella niña y por qué no iba a la escuela.

–Su nombre es Kimya– y no dijo nada más.

Me preguntaba por qué no acudía a las clases, qué escondía tras sus ojos, qué misterio albergaba en su corazón. Fue muy triste el día que me contaron su historia. Refugiada ruandesa, había visto cómo asesinaban a su madre y a sus hermanos a golpe de machete, como quien arranca las malas hierbas del camino. Nadie sabe cómo sobrevivió a la barbarie.

Kimya no solo había perdido a su familia, sino también las palabras. Nadie la había escuchado nunca hablar. Y una niña de diez años que no hablaba no podía perder el tiempo en una escuela, había demasiado trabajo en la aldea. En África hay siempre demasiado trabajo para una mujer.

Una mañana la vi salir de casa y alejarse mezclada con la tierra del camino. Con las muletas y un cubo en una mano la vi recorrer los cinco kilómetros que separaban su casa del río, con su única pierna igual que el tronco oscuro de un árbol, con la nada asomando por debajo de su falda. La seguí hasta el río.

El sol caía como una maldición sobre la tierra árida y alargaba la delgada sombra de Kimya, asemejándola a un palo de bambú. Se acercó al río y cargó su cubo. La llamé. Volvió la cabeza y me miró desde el fondo de su silencio. Después siguió recogiendo agua sin mirar hacia atrás, como había hecho toda su vida. Aunque Kimya nunca había ido a la escuela, había aprendido que detrás nunca hay nada bueno.

Quise ayudarla a transportar el cubo, pero no me lo permitió. La vi de nuevo recorrer el camino de vuelta, con sus muletas, su única pierna, su cubo lleno de agua y su orgullo abrasado por el sol. Caminé a su lado y le conté mi historia, mi historia de mzungu. Cinco kilómetros de mi vida enterré aquella mañana bajo el polvo y sentí que mi verdadera vida empezaba allí.

Al día siguiente vi a Kimya alejarse del poblado. Pregunté a unas niñas -que también habían conseguido huir de la matanza entre hutus y tutsis- a dónde iba.

–Echa de menos las historias que su madre le contaba bajo el gran baobab. Por eso Kimya está triste, porque su madre ya no está, por eso y porque aquí no hay árboles para recordarla.

A partir de ese día, empecé a detenerme frente a la humilde casa en la que Kimya vivía, sentándome en el tosco banco de madera que había bajo su ventana. Leía en voz

alta pequeñas historias, cuentos en una lengua que ella no comprendía. A veces también le hablaba de mí. Ella nunca dijo nada.

Algunas veces se asomaba y clavaba la vista muy lejos en el horizonte, como si quisiera encontrar algo que hacía tiempo que hubiera perdido. Otras veces, la ventana estaba vacía. Aun así, yo continuaba contando y leyendo cada tarde cuando el sol se volvía rojizo y dulce como un albaricoque.

–Jambo –dije, como hacía cada día-. Y abrí un libro y empecé a leer sin esperar nada.

–Karibu –contestó.

Y ese día comprendí que Kimya no solo me estaba dando la bienvenida a mí, sino a su propia vida.

SEGUNDO PREMIO

Si es esto la muerte

De Joaquín Correa Barco

Si es esto la muerte, quiero que me saquen de ella.

Porque si es esto la muerte, es más estrecha y alargada de lo que pensaba. Y es fría, muy fría. Y también muy oscura.

De vez en cuando, el lugar donde me encuentro, que aún no sé si es la muerte, se desplaza sobre rieles para abrirse a una luz confusa y huidiza que no se define del todo hasta que alguien levanta el velo que cubre mis ojos. Y veo sin ver porque tengo los ojos cerrados. Por eso dudo si será esto la muerte o solo un sueño, porque también durante los sueños podemos ver cosas aún con los ojos cerrados. Pero sea o no esto la muerte tengo los oídos bien abiertos y escucho a mi madre llorar y a mi padre asentir con voz muy seria mientras responde a quien le pregunta: «sí, es ella».

Si es esto la muerte, por qué tengo un costurón enorme sobre el pecho en forma de Y griega. Quizás esto no sea la muerte al fin y al cabo, y solo el efecto pasajero de una anestesia y esa cicatriz aún abierta sea solo el resultado de una operación imprevista. Quizás los sueños de la anestesia se parezcan a los de la muerte y por eso estoy tan confusa.

Si es esto la muerte, por qué me duele tanto la garganta, tanto que casi no puedo tragar saliva, por qué tengo en mi cuello una marca oscura como la de una cadena, por qué siento un dolor terrible en mi vagina como si tuviese una infección de orina, por qué hay restos de sangre entre mis piernas si hasta dentro de quince días no me vendrá la regla.

Si es esto la muerte, quiero que me saquen de ella, porque solo tengo dieciséis años y toda la vida por delante. Eso dicen mis padres cuando me quejo de mi vida. Quiero que me saquen de ella porque tengo que salir con mis amigas, ir a fiestas y a verbenas, ahora que ya va terminando el invierno y comienza la primavera. Quiero conocer a muchos chicos y enamorarme de ellos antes de tomar una decisión sobre si quiero o no formar una familia. Quiero conocer en persona a ese chico que me habla a través de las redes y con quien he quedado esta noche a la salida de la discoteca. Es guapo, muy guapo,

eso muestran las fotos que me envía. Y debe tener más de veinte años. Solo él me habla como a una adulta. Porque él ya es un hombre y no un niño como el resto de los chicos que me atosigan. Si es esto la muerte, quiero que me saquen de ella, porque tengo que vestirme y arreglarme, tengo que ponerme esa falta tan corta y ese sujetador con relleno que me ha llegado por internet y que voy a estrenar especialmente para él, para el chico de las redes. Quiero que me saquen de ella porque tengo que maquillarme, que perfilar mis labios, que alargar mis pestañas, transformarme en mujer para que el chico de las redes que me espera no me confunda con una simple niña.

Si es esto la muerte, quiero que me saquen de ella, porque tengo que llamar a mi mejor amiga para que me acompañe esta noche a la discoteca. Ella estará conmigo hasta las once y media. A esa hora, y en un solar a la espalda de la discoteca que se usa como aparcamiento, he quedado con él, con el chico de las redes que ya me espera.

Si es esto la muerte, y ya me estaba acostumbrando a que fuese estrecha y fría y sobre todo oscura, muy oscura, por qué unas personas extrañas me sacan a la luz para lavarme y maquillarme, para vestirme como si fuese una persona adulta, por qué me colocan en un catre estrecho y con paredes de madera, por qué distribuyen tantas flores a mi alrededor si todo el mundo sabe que soy alérgica.

Si es esto la muerte, por qué me han situado en un escaparate como si fuese una muñeca, por qué desfilan frente a mí mis padres y mi hermano, mi abuelo y mis tíos y mis primos y mis compañeras del instituto. Si es esto la muerte, por qué llora mi mejor amiga a riesgo de que se le estropee el maquillaje que lleva. Porque es ella quien va a acompañarme esta noche al aparcamiento que hay detrás de la discoteca donde voy a conocer al chico de las redes que ya me espera.

Si es esto la muerte, y empiezo a dudar que no lo sea, quiero que me saquen de ella. Porque si es esto la muerte, aún espero una visita. Solo queda por venir el muchacho de las redes para que yo pueda descubrir ante todos cómo es su verdadera cara y no la que muestra en esas fotos falsas con las que engatusa a las niñas. Quiero mirarlo a los ojos y decirle que no le temo. Porque si es esto la muerte, y ya creo que lo es sin ninguna duda, quiero que todo el mundo sepa quién es mi violador y quién me quitó la vida.

TERCER PREMIO

Once puñaladas

De Santiago Eximeno Hernampérez

—Once puñaladas —dice la niña.

El niño calla. Contempla el dibujo que ella le muestra: una casa de tejado a dos aguas en mitad de una calle desierta, las ventanas cegadas con tablones, la puerta clausurada. En el patio del colegio el resto de los niños corretea, grita, se agrupa en corrillos que cuchichean, que ríen. El niño lleva un cuaderno bajo el brazo, un estuche en la mano.

—Yo también dibujo —dice.

Ella lo mira, parpadea. Dos niñas beben agua en la fuente, se salpican, gritan. Un niño sale de los cuartos de baño del patio con un balón de fútbol entre las manos. Los profesores, ubicados estratégicamente en las zonas en sombra, contemplan el bullicio con los brazos cruzados.

—Siéntate conmigo y pintamos juntos —dice la niña.

—Vale.

Mientras el niño abre el estuche y elige las pinturas, ella deja vagar la mirada por el patio, por el rumor, por la multitud que le es ajena.

—Once puñaladas —repite, y traza una línea roja en la pared de la casa.

—¡Once puñaladas! Es lo primero que me dijo mi hijo cuando llegó a casa.

El profesor cruza los brazos, se echa hacia atrás en la silla.

—Verá, esto no es sencillo para ella —dice el profesor.

—¿Para ella? ¡Yo estoy hablando de mi hijo! Que tiene doce años, por el amor de Dios. No creo que esas mierdas sean las cosas que tenga que oír a su edad.

El profesor niega con la cabeza. Por la ventana abierta del despacho llegan voces ahogadas, susurros, el rumor de pasos.

—Lo entiendo, entiendo lo que me está diciendo, pero la niña ha sufrido un

trauma.

—¡Y mi hijo va a sufrir otro si continúa hablando con ella! ¿No hay sitios especiales para niñas así?

—A ella no le ocurre nada malo, puede integrarse perfectamente con sus compañeros. De hecho, lo que le conviene ahora es estar con otros niños de su edad.

—No con el mío. Se ha acercado a ella porque lo hemos educado muy bien. Nada más. Esa niña no debería estar aquí.

—No creo que... —dice el profesor.

—No importa. Déjelo. Hablaré con la directora.

La mujer sonríe mostrando los dientes. Se marcha del despacho dando un portazo. El profesor se queda allí, sentado, inmóvil, con los ojos cerrados, con los brazos cruzados, hasta que suena el timbre.

—Once puñaladas —dice la directora del colegio—. En el ascensor, delante de su hija. Después se suicidó, claro. Siempre lo hacen.

Los padres escuchan entre murmullos mal disimulados. Caras largas, gestos ostensibles de rechazo. La directora los ha recibido en el salón de actos, una veintena de personas. Padres de compañeros de clase de la niña, integrantes de la asociación de madres y padres de alumnos, incluso la promotora del boicot.

—Yo lo entiendo —dice un padre—. De verdad que lo entiendo. Pero no quiero que mi hija tenga que saber nada de todo esto.

—¿Por qué le permiten decir esas cosas? —dice una madre—. Que las diga en su casa, pero no aquí.

Los profesores deberían prohibir que diga esas cosas.

—¿Qué es lo que no debe decir? —pregunta la directora.

—¡Lo de su madre muerta! Que le mienta a los niños, coño. Que les diga que la atropelló un camión.

Los niños no necesitan saber la verdad. Ni yo tampoco.

Varios de los presentes cruzan miradas, murmuran, asienten. La directora camina entre ellos, se vuelve hacia el escenario, vacío, las luces apagadas. La mayor parte de las butacas del salón de actos también están vacías. Todos se amontonan en las dos primeras filas, atrincherados.

—¿Y qué proponen ustedes? ¿Qué debe hacer el colegio?

—Once puñaladas. A mi hija. Delante de mi nieta. ¿Cómo cree que me siento? ¿Cómo cree que se siente ella? Estamos solas y lo estaremos siempre. Los psicólogos me dicen que los dibujos de la niña son un mal indicio. Que solo dibuja casas cerradas en calles vacías. ¿Y qué esperan que pinte? ¿Flores? ¿Unicornios rosas? Que si casi no habla, que si no se relaciona con otros niños. No te jode. Que hablen de las escaleras, que las sube y baja sin parar. Del pánico que le dan los putos ascensores. ¿Que está traumatizada? Pues claro, coño, yo también lo estoy. ¿Pero qué mierda de sociedad es esta que nos pone fechas y prisas para que nos recuperemos de algo así? Un calendario del duelo. Válgame Dios. Y ahora viene usted y me escupe que sería mejor que nos buscáramos otro lugar, que ella no cabe en este colegio. Hay que joderse, señora, ¡hay que joderse! Qué malos padres deben ser los que quieren apartar a sus hijos de mi niña. ¡Qué cabrones! No se preocupe, estamos acostumbradas, nos marcharemos. Ya nos hemos ido antes. Donde no nos vean, donde no sepan de nosotras, donde estemos solas. Donde nadie nos recuerde.

Cree verla en una convención de cómics. Él hace tiempo que ya no los dibuja, pero no ha dejado de leerlos. Cree verla con su cuaderno de dibujo bajo el brazo, entre la multitud. Han pasado diez años y es solo un instante, pero esa imagen fugaz le lleva al patio, al banco, a la niña que apenas estuvo unas semanas en el colegio. La niña que pintaba con él.

Recuerda las casas y las calles vacías.

Lo que ya ha olvidado son las once puñaladas.

La costumbre

De Rosa Marina González-Quevedo

Perdóname, Juan, no he querido herirte, mucho menos traicionarte. Es que la puerta estaba abierta ¿sabes?... Y escapé. He tenido otras ocasiones similares pero me ha faltado coraje para echar a volar. Sin embargo, tarde o temprano tenía que suceder: una gorriona no puede vivir en cautiverio sin morir..., así que, sin planteármelo demasiado, decidí romper la barrera de la incertidumbre. La costumbre puede vivir encerrada; es más, suele hacerlo por ley natural porque se alimenta de la comodidad. Pero el amor... ¡Ay, Juan!, el amor no resiste el peso del cautiverio y un buen día, olvidando la alambrada de oro y la ración de apetitoso alpiste, salta hacia el mundo exterior... ¡Ssss, calla, no digas nada! Ya sé que afuera hay hambre y frío. Ya sé que...

—Lola, ¿hay café?

Juan ve una peli de John Wayne, El gran MacLintock. La ha visto no se sabe cuántas veces. Dejo de escribir mi carta, esa que empiezo siempre y nunca termino. Suelto la plancha. Entro en la cocina. Caliento una taza de café y se la llevo. Me siento a su lado, en el sofá:

—Juan...

Quiero preguntarle algo pero no me escucha. Parece estar hipnotizado por la escena en la que la Señora MacLintock acaba de llegar a casa y su marido, para no perder la vieja rutina, está borracho. Ambos personajes intercambian palabras y el mayordomo se inmiscuye en la conversación... ¿Vas a quedarte ahí, con esa cara de estúpido, mientras un empleado insulta a tu esposa?... Juan ríe a carcajadas. Me ignora.

Me levanto del sofá y regreso a la habitación para continuar dialogando con el maldito cuello de la camisa y con todas las arrugas crecidas y multiplicadas por la tela. Suspiro al ver también multiplicadas las arrugas en mi piel. Entonces, tomo de nuevo el boli y vuelvo a empezar la carta que conozco al dedillo. Puedo repetirla frase a frase: Perdóname, Juan, no he querido herirte, mucho menos traicionarte. Es que la puerta estaba abierta, ¿sabes?... Y escapé...

¿Y si lo hiciera? ¿Y si me fuera de estas cuatro paredes para nunca regresar, qué sería de ti? La ventana que da al jardín está abierta. Observo el prado familiar y mi vista corre hasta la valla que limita nuestra propiedad, una alambrada de púas bordeada por una acacia deshojada y reseca. En una de sus ramas hay un pequeño gorrión, que no será un gorrión,

sino una gorriona como yo. Una gorriona, en este caso, libre.

Respiro profundamente y retomo la escritura desde el inicio: Perdóname, Juan, no he querido herirte, mucho menos traicionarte. Es que la puerta estaba abierta ¿sabes?... Y escapé. He tenido otras ocasiones similares pero me ha faltado coraje para echar a volar. Sin embargo, tarde o temprano tenía que suceder: una gorriona no puede vivir en cautiverio sin morir..., así que, sin planteármelo demasiado, decidí romper la barrera de la incertidumbre...

Sobre mi mesita de noche está tu fotografía. Te ves estupendo a los veinticinco años. Fue cuando nos conocimos. Era domingo. Estabas en la calle cambiándole una rueda a tu moto y yo paseaba con mi amiga María Cristina. Ella dijo una bobada, algo así como me encantan los chicos que pinchan ruedas los domingos. Tú la miraste e instantáneamente apartaste la vista hacia mí y me sonreíste. Así te conocí, con las manos sucias y la mirada ardiente. Y ahora no me escuchas cuando te hablo. ¿Acaso un vaquero del Oeste americano es más importante que yo? Pues bien, Juan, quiero que sepas que hoy se acaba este juego. Hoy firmo esta carta y vuelo. No podrás detenerme porque la costumbre puede vivir encerrada; es más, suele hacerlo por ley natural porque se alimenta de la comodidad. Pero el amor... ¡Ay, Juan!, el amor no resiste el peso del cautiverio y un buen día, olvidando la alambrada de oro y la ración de apetitoso alpiste, salta hacia el mundo exterior...

—Lola, ¿hay café?

Dejo otra vez la plancha. Entro en la cocina y salgo con la taza en la mano. Me siento a tu lado. Tú estás viendo la película de John Wayne, la misma escena de siempre. Ríes. Me ignoras...

Regreso a la habitación. La ventana está abierta. Hay una gorriona libre (¡LIBRE!) posada en el seto espinoso, dispuesta a cruzar la frontera hacia el bosque. Creo que un día logrará volar hacia la luz. El amor siempre vuela.

Yo, sin embargo, continúo aquí, atrapada entre la habitación y el salón sin saber qué me ha sucedido. Así, para averiguarlo, reproduzco los fragmentos que han quedado en mi memoria como si pasara hacia atrás un filme en blanco y negro. Entonces vuelvo a ver el infarto y a ti, Juan, entrando en la habitación, desesperado. Luego llegan ellos, los hombres vestidos de blanco... Y escucho el ensordecedor sonido de la sirena de la ambulancia que se detiene ante la puerta de Urgencias... y nada comprendo. En realidad, no sé por qué plancho siempre esta camisa y escribo esta carta que nunca firmo. No logro darme cuenta del porqué voy en ciclos de la habitación al salón y del salón a la habitación. Será tal vez la costumbre, pienso.

Tercera línea

De Mónica Peláez Fernández

Es dos de agosto a la dos de la tarde y estoy caliente. Es la hora a la que alcanzo mis máximos. No es así por la mañana, cuando el sol despunta: diría que hasta amanezco fría. Luego el día avanza y el agua sube y empieza a lamerme, dejando un reguero de sal al paso de su lengua, parecido al que se deja en las puertas de las casas para protegerlas de un embrujo.

A esa hora comienza la violencia: decenas de personas, cientos si es domingo, me desean. Avanzan sobre mi cuerpo a paso decidido y empiezan a penetrarlo con las puntas de sus sombrillas. Piensan durante un rato dónde van a clavármela. Opinan sobre mi cuerpo haciendo visera con la mano, y finalmente proceden a espatarrarse en mis zonas planas. Sillas plegables a mediodía, neveras portátiles que calman mi ardor.

Aunque insisten en delimitarme, yo me siento toda piel: un solo órgano de cuarzo molido, sensible a este frenesí dominical. No todas las personas que me recorren me molestan, sin embargo. Me gustan las chicas que vienen solas a broncearse, a echar la mañana leyendo o simplemente a observar cómo el agua me hace burbujas de amor por donde quiera. Estas chicas no suelen traer sombrilla, se sientan sobre su ropa. Absortas en sus pensamientos, me sacan a puñados para luego dejarme caer. O bien me frotan con los talones, amasándome como gatas.

Pocos saben que a escasos metros de mis dunas poseo una delicadeza extrema, solo evidenciada por el calor que desprendo. Nadie se para aquí, todos me cruzan corriendo con los pies descalzos, maldiciéndome hasta que llegan a sus toallas. A esta región tan erógena la llaman, con desprecio, tercera línea. Y hace un rato, una mujer preciosa se ha tumbado en ella.

Primero ha desplegado su pareo, y yo lo he sentido como una caricia. Junto a ella, un hombre que habla de continuo por el móvil, ignorándola por completo. El hijo que comparten ha volcado sobre mí un cubo de agua para moldearme en forma de castillo. Me levanta almenas, me abre un foso, soy un monumento.

Tumbada boca abajo, la mujer preciosa apoya su cabeza en una mano y con la

otra acaricia el pecho del marido. Pide caso. Busca pruebas de complicidad. Se aburre. Banderas rojas en esa relación. Él se levanta y se pone a andar en círculos en torno a la toalla, hablando aún más alto. Ella suspira. Si supiera lo que la deseo...

Para demostrárselo hago uso del viento y me levanto en ráfagas: viejo truco de salón que nunca falla para ser tenida en cuenta. Ella se tapa los ojos, chasquea la lengua. Luego me pego a su crema solar, pero tampoco parece agradecerle.

¿Qué puedo hacer?

Algo me late en el centro de la tierra.

Aprovecho que su hijo vuelve a la carrera para abrir un hoyo y hacerle tropezar. Cae a plomo. Su minúsculo pie se tuerce, pero enseguida echa a reír. Una risa aguamarina que salpica a su madre.

¿Te has hecho daño?

No parece enfadada, solo hastiada, simplemente incompleta. El niño dice que no, pero no se mueve. Su madre se acerca. Mientras rebozo al crío. Pasan así unos segundos: el niño tirado y riendo; ella pensativa y callada, observando a su hijo desde arriba. Finalmente habla:

Entiérrame.

El niño la mira con ojos enormes que evalúan la grandeza de su misión, inseguro. Yo me siento mareada.

Vamos, entiérrame. ¿O no te ves capaz de cavar tanto?

Pues claro, protesta él, y de inmediato empieza a agrandar el hoyo en el que le he hecho caer. Su madre le ayuda abriendo surcos amplios y certeros, como si supiera cómo tocarme: profundamente, vaciándome, liberándome. Son las dos de la tarde, hora a la que alcanzo mis máximos. Una vez, grandes rocas se rompieron en rocas más pequeñas, cada vez más y más pequeñas, hasta que llegaron a mí. Tocarme es honrar ese origen meteórico, y ella lo hace afanosamente, primero en cuclillas y luego ya sentada sobre mí, acaso encontrando placer en nuestras fricciones. Mira un segundo a su espalda: el marido sigue con sus negocios. Su niño se detiene. Anuncia que se ha cansado y deja a su madre sola.

Al principio creo que me va a dejar a medias. Luego veo que continúa excavando. Examina mi agujero, más profundo a medida que escarba, más húmedo, vetado de partículas color plata. Con esa mirada asombrada de sí misma, contempla la posibilidad de meterse dentro de verdad, de poder desaparecer realmente. Entonces empieza a cavar con frenesí, usando ambas manos. Lo que siento es algo que tiene que ver con el

estallido de las caracolas cuando se pisan, con la alteración de las mareas, con la luz de un pez abisal. Ella parece notarlo y excitada se seca el sudor de la frente, gimiendo por el esfuerzo. Yo ya no puedo más. Surge el agua, al principio unas gotas, un pequeño charco. Ella sonríe con las mejillas en llamas, y ahonda un poco más hasta que estallo en litros de agua fresca y sales minerales, lo nunca visto en tercera línea.

¡He llegado! Grita exultante a su marido, que la ignora.

Luego se vuelve hacia mí, satisfecha, y susurra:

He llegado.

La letanía de María

De Ladislao Barra Silva

Al fondo del salón de estar, sentada en uno de los sillones frente a la ventana, anclada a un asiento que, en alguna ocasión, soñó con ser banco de parque, taburete de bar, sillín de bicicleta loca, butaca roja de cine o teatro, o trono tapizado con falso cuero. En la cristalera los visillos se mueven, se contonean con la caricia que trae y lleva el viento, y como si tuvieran alma, sus hilos bailan al compás de la música improvisada por María. Se entretiene tarareando no se sabe bien qué canción, o qué cuplé, siempre la misma, a cualquier hora, en cualquier momento. A ella siempre le suena como si la tarareara por primera vez. Alguien opina que es un bolero que tiene algo que ver con el desamor de un marinero y un tatuaje. En otras ocasiones se deja llevar por la liturgia fastidiosa del silencio, o reza una letanía larga, lenta, interminable, a la que nadie contesta con un “ora pro nobis”:

- El tiempo se burla de las voces del pasado, invade las sombras, se cuela en los recuerdos, y se marcha convertido en olvido.

- El tiempo convierte sentimientos en recuerdos, los rostros se pierden, los nombres se olvidan, las estampitas de santos valientes y vírgenes guapas se desdibujan.

- El tiempo arrastra consigo latidos, miradas y fe. Te arrastra, y cuando despiertas ya es tarde, olvidas que olvidaste.

- El tiempo no espera, no llora, engaña, entierra, desgarrar, arrinconar, esconde, acorrala, se hace soledad.

- El tiempo sigue su camino sin mirar ni hacia atrás, ni a su izquierda ni a su derecha, ni tan siquiera al presente.

- El tiempo deshace los recuerdos, es sal o azúcar en el agua de la vida, borra las huellas, hace que el mar de la memoria rebose de sus playas, transforma los corales en abismos y en precipicios repletos de los peces del miedo.

- El tiempo solo sirve para olvidar.

Como todos los sábados y domingos el sillón de al lado lo ocupa Antonio, su marido. Su visita es un recital de poemas. Cada mirada a María es un verso nuevo escrito en una antigua, lejana y casi olvidada vida. Antonio le coge la mano, le da un beso en la frente, la mira, se mira en sus ojos. María, sin decir nada, va hilvanando las sombras

a su olvidada memoria. Un ligero temblor entre sus dedos le dice a Antonio que aún lo recuerda, que aún lo quiere, que aún forma parte de la hebra con la que cose y descose su historia. Lo mira, se deja acariciar por aquellas manos sensibles y delicadas. Sólo él consigue robarle algunas sonrisas sin lágrimas.

Al fondo del salón, frente a la ventana, cuando los visillos están descorridos, juegan a sembrar en el aire conversaciones en voz muy baja, casi cuchicheando, María, lo mira como si lo conociera de toda la vida:

- Mira aquella nube. ¡Mírala! Parece una mujer preñada.
- Sí. ¡Mira aquella otra! Tiene la forma de un elefante de espuma.
- No, no, es un caballito de humo. ¿No ves que no tiene trompa?

Alguien tose repetidamente y, como alertados por cantos de sirenas, María y Antonio, también Tomás, Felisa... y 10 o 12 octogenarios más giran la cabeza, fijan la mirada en el carrito empujado por una joven con uniforme y delantal blanco, muy blanco, tan blanco como la antigua inocencia de quienes con su mirada parecen empujar al carrito hasta el centro del salón. Es un barco, también, de velas blancas que llega al puerto, o un barquito frágil de papel fondeado al filo de la memoria que trae los zumos, el vaso de leche, el paquetito de galletas María y algunas frutas de temporada. Los sillones van lentamente cambiando de rumbo, sin necesidad de brújula ni rosa de los vientos que se lo marque. Es el ritual que se repite diariamente a las cinco de la tarde, hora en la que reciben la visita de algún familiar. Liturgia diaria que apenas dura lo que una misa rezada. Después la rutina vuelve a ser la zarza que todo lo ata. El silencio vuelve a pasearse entre ellos, sus bocas enmudecen a la vez que vuelven a abrir los ojos del alma para suponer, para imaginar, para ir dejando poco a poco de vivir.

Con la ternura de la niña que viste y desviste a su primera muñeca, María, coge la mano de Antonio, le dice:

- Mira, mira... ¿A qué se parecen aquellas sombras?
- No, no son sombras, son trocitos de papel de seda que bailan en la luz apagada de la tarde.
- ¡Qué bien hablas! Pero no, son nubes.
- Son las sombras de poemas escritos en el viento para que vuelen libre entre el azul y la nada.
- Qué bien hablas. ¡Me das tanta envidia!

Sentado al lado de María, Antonio espera que el milagro de la virgen de la estampita de cartón logre cambiar su muerte en vida.

- Dame la mano. ¡Dámela!
- Ya sé, ya sé. Me quieres dibujar un corazón en la palma de la mano.
- Sí, un corazón de amapolas rojas, un corazón de hojitas de laurel y cascarita de limón.
- ¡Que bien huele tu corazón!

El tiempo convierte sentimientos en recuerdos. Los rostros se desdibujan, se difuminan, son de niebla, los nombres se olvidan, arrastra consigo los latidos, las miradas, las horas, la vida.

Y así, como una letanía, pasan las horas para María.

Invisible

De Mónica Balboa Caurel

Su mayor deseo en el mundo era hacerse invisible, chasquear los dedos y aparecer en una playa de arena blanca, como la de la portada de la vieja revista de viajes que guardaba en una caja debajo de su cama. Esa en la que una madre y su hija contemplaban el mar embelesadas y sin ninguna preocupación. El brazo de la mujer descansaba sobre los hombros de la niña, que lucía una melena pelirroja como la suya. Aunque únicamente las veía de espaldas, Daniela sabía con sólo mirarlas que eran felices.

Pero por ahora Daniela no podía relajarse, debía estar más atenta que nunca. Acababa de cumplir diez años el día anterior y al soplar las velas había pedido un deseo. Así que aquel lunes comenzaba una nueva etapa en la que se había propuesto ser una hija modelo.

Entró en casa agotada por el peso de la mochila. Frente al espejo del recibidor se atusó el flequillo abundante y rojizo y dejó que los tirantes de la bolsa se fuesen deslizando lentamente por sus brazos pecosos, hasta dejar caer aquella fastidiosa carga en el suelo del pasillo. Antes de colocar la mochila en su sitio necesitaba beber agua.

Pero lo primero era dejar a la vista, sobre el mueble del hall, el paquete de tabaco y el periódico que acababa de recoger en el quiosco para su padre. Su siguiente paso fue asegurarse de que sus enormes zapatillas de cuadros estuviesen esperándole en la entrada cuando él llegase. Ya en la cocina bebió dos grandes vasos de agua mientras su madre se apresuraba a sacar las patatas fritas de la sartén. Daniela también aprovechó para lavar los platos sucios del fregadero, lo hacía a diario desde que hacía un par de semanas su padre había estrellado dos cuencos contra la pared. A continuación se esmeró en poner la mesa, teniendo cuidado de no olvidarse las servilletas como la última vez. Confirmó de nuevo que hubiese una jarra llena en la nevera porque ya apetecía beber el agua fría. Y por último vació y limpió hasta dejar reluciente el cenicero de la cocina. Todo listo, suspiró.

Aún hubo tiempo para una última inspección visual antes de que madre e hija se quedasen mudas al escuchar la llave en la puerta. Las dos se dirigieron una mirada fugaz, aparentando normalidad, pero con todos los sentidos alerta.

Él entró silbando. Buena señal. Saludó con tono cordial desde la entrada. Todo iba

bien. Escucharon el roce resultante del cambio de calzado. A continuación las pisadas amortiguadas de sus zapatillas en la alfombra. El rumor de las hojas del periódico al desdoblarse. Daniela se frotó las manos satisfecha mientras su padre ponía rumbo a la cocina comentando animadamente el aroma a pollo asado. Todo iba sobre ruedas, hasta que Daniela vio como la leve sonrisa de su madre moría congelada en sus labios al escuchar la maldición ahogada de su esposo tras tropezar con algo en el pasillo. Daniela visualizó su mochila abandonada en el suelo.

- ¡DANIELA!- chilló él enfurecido.

Con aquel aullido Daniela volvió atrás en el tiempo, dejó de ser la niña de diez años mayor y responsable que había entrado por la puerta unos minutos atrás para convertirse en la cría torpe que el día anterior había soplado las velas pidiendo un deseo: no echarlo todo a perder.

Lo último que percibió a velocidad real fue un líquido caliente que se deslizaba raudo por la cara interior de sus piernas hacia el suelo de la cocina. Al mirar abajo contempló un charquito transparente en el que vio reflejada la cara de una niña pelirroja que la miraba con ojos desorbitados.

Lo demás siempre sucedía a cámara lenta. Su madre la apartó como al ralentí, mientras salía al paso de su padre. Ella se llevaría la peor parte en aquella danza macabra con la figura amenazante de él, su brazo en alto, las venas del cuello hinchadas.

Daniela cerró los ojos deseando fervientemente volverse invisible, chasquear los dedos y aparecer en una playa de arena blanca, como la de la vieja revista de viajes. Con el brazo de su madre rodeando sus hombros. Ambas de espaldas, mirando al mar embelesadas y felices.

La piel gruesa

De Alejandra Striuk Torres

Encontraron al niño flotando río abajo en los límites del pueblo vecino. La noticia se propagó de casa en casa como un fuego violento, expulsándonos a la calle antes de que pudiéramos comprenderla. Acudimos todos. Algunos encogían las manos susurrando dentro sus oraciones. Otros callábamos porque no conseguíamos encontrar ninguna palabra. Sin embargo, había sucedido. Los agentes de policía habían tumbado el cuerpo mojado sobre la nieve y procuraban ocultarlo de nuestra vista. Para ellos era un accidente simple, sin misterios ni complicaciones, aunque incómodo. Un niño había caído al río mientras jugaba en el puente. Varón. Cinco años. Para nosotros, el río se había congelado aquel día. Pasamos la noche sentados junto a la orilla escuchando la corriente de agua. Su murmullo nos parecía antipático e indiferente.

El niño había nacido una primavera inaugurando la nueva generación de hombres que trabajarían el corcho. Todos nos sentimos aliviados. Los vecinos trajeron pastas caseras, frutas y hortalizas de sus huertos. Celebramos al chico como a un buen augurio, agitando botellas en el aire y cantando a viva voz. A partir de entonces, nuestra casa se llenó de sonidos que habíamos olvidado. Las tardes que pasábamos a la sombra, cuando ella leía metida en su falda y el día aún estaba sin hacer, se convirtieron en madrugadas laboriosas. Las noches se ensancharon. Corríamos de un lado a otro atendiendo al nuevo inquilino, tan caprichoso e impuntual. Tenía el carácter del campo: crecía deprisa, fuerte y ágil.

A los tres años nos preguntó si el agua del río tenía fin y, a los cuatro, descubrió el misterio de los puentes. Eran los únicos que observaban el caudal a todas horas y los que de verdad sabían si dejaba de fluir alguna vez. Los puentes y las orillas eran nuestros lugares preferidos.

Años atrás, pasábamos el tiempo libre merodeando cerca del río. Los mayores nos contaron que más allá de las colinas acechaban ladrones y vagabundos, hombres sin oficio que querían sacar provecho de nuestro corcho. Cruzaban los puentes de noche y se llevaban tantas planchas como podían cargar en sus hombros. Para ahuyentarlos, pusimos bombas debajo de nuestros puentes y, aún así, el agua del río siguió fluyendo.

Mientras todos dormían nosotros subíamos detrás del manijero, en silencio,

porque empezaba la temporada de descorche. El hacha al hombro y la mirada fija en los talones del que caminaba delante, mientras nuestros ojos se acostumbraban a la oscuridad y nuestras piernas se despertaban perezosas. El aire estaba limpio y nuestras camisas secas. Nos movíamos seguros por el camino conocido, el de tantos veranos, subiendo la colina antes de que saliera el sol. En la cima, nos agrupábamos de tres en tres y rodeábamos impacientes los alcornoques. El sacador veterano clavaba su hacha en el tronco con un golpe seco y oblicuo, con la inclinación justa para no dañar el corazón del árbol. Los demás esperábamos atentos. Escuchábamos un crujido húmedo en el amanecer y, solo entonces, nos atrevíamos a despegar la corteza del tronco poco a poco dejando al descubierto esa piel interior, suave y anaranjada, como la luz que empezaba a colorear la mañana.

Uno de nosotros trazaba la primera línea de tiza en el tronco descorchado. Después repasábamos su contorno hasta dibujar un cinturón blanco de un palmo de ancho. Cada verano, los alcornoques renovaban su capa de piel formando anillos que crecían desde el centro hacia el exterior del tronco. Y el verano siguiente encontrábamos nuestro dibujo como un surco ligeramente hundido en la capa externa. Todos teníamos motivos para tallar las marcas. Las mujeres escondían los suyos entre nuestras prendas y herramientas. Afilaban las hachas y rellenaban las cantimploras. Los ancianos nos acompañaban desde las laderas con sus ojos nublados. La corteza de los alcornoques nos permitía recordar.

Algunos veranos bajábamos la colina cargando con planchas repletas de surcos. Caminábamos en fila india mientras, a nuestros pies, los perros se revolvían entre las extrañas sombras puntiagudas. Sus ladridos anunciaban nuestra llegada. Cruzábamos los puentes escuchando el rumor del río y veíamos al niño jugando en la orilla. Ella esperaba sentada al borde del agua columpiando las piernas desnudas, que colgaban por debajo de su falda. Al vernos aparecer, se ponía en pie con pesadez y elevaba los brazos agitando las manos en el aire. Y por un instante, antes de seguirnos, se recogía en un ovillo sobre la hierba, muda, y permanecía atenta al murmullo del río como si quisiera escuchar el resto de una historia. Los puentes y las orillas seguían siendo nuestros lugares preferidos.

En el pueblo nos recibían los vecinos que todavía no se habían marchado. Entre todos apilábamos el corcho a lo largo del camino, debía descansar hasta que llegara el invierno. Entretanto, nos manteníamos ocupados. Con el tiempo aprendimos que un alcornoque no sufre cuando le quitamos el corcho.

Este otro lado del deseo

De Agustín Celis Sánchez

Cuando el médico nos dijo que me quedaban tres meses de vida, supe que también ella comenzó a morir en silencio. Aquel llanto fue el preludio de su propia espera.

Mi agonía no fue lenta. Me fui apagando hasta quedar convertida en una sombra. Las blusas me quedaron anchas en una sola semana. Solo abrigaban aire y unos huesos cubiertos por una carne reseca. No podía comer porque aquellos alimentos pertenecían a un mundo del que yo ya no formaba parte. Aun así, duré los noventa días prescritos por el doctor Aguirre.

Solo ella notó que nuestra casa se hizo hielo, que el silencio se adueñó de las puertas y que un olor desconocido impregnó nuestro vestuario. Hasta la gatita de angora dejó de ronronear por las mañanas y ya no se subía a la cama para despertarme. También ella quedó reducida a un bulto.

Las visitas se volvieron testigos, y la piedad se colmó de suspicacias. Las cartas alentaron una esperanza escondida. Los libros que había escrito tenían más de lo que yo era que el esqueleto que aún sobrevivía a base de sueros tirado en la cama. La cama que siempre ocultamos se reía de mí y de mis pasadas ambiciones. Los deseos que dejé en ella no me esperaron.

En un mes la vi envejecer una vida. Nadie advirtió que en aquel deshielo nos consumimos las dos. Todos estaban tan pendientes de mi agonía que no repararon en que fue a ella a la que devoró primero.

Cuando por fin llegó el día, rechacé la extremaunción de don Benito, que conocía el secreto, y aguardé el momento final dispuesta a comerme el pan que amasé para mí con gusto. Los vecinos del pueblo pasearon sus miradas por delante de nuestro lecho. Algunos amigos llevaron a hombros mi féretro y uno de ellos leyó un poema por mi alma. Ni siquiera cuando sellaron la tumba y ella se derrumbó llorando sobre la lápida descubrieron que no era yo quien se había ido.

Hay ocasiones en que el tiempo se detiene. Sé muy bien de lo que hablo. Juntas lo hicimos posible. Y así decidió ella que fuera desde entonces.

Durante años recibió la visita de nuestros amigos. Fingía estar presente cuando hablaban de lo que pasaba en el mundo, pero estaba conmigo, viviendo de nuevo, ahora

sola, cada una de nuestras ilusiones pasadas, esperando año tras año el día en que debían cumplirse las promesas que nos hicimos.

Han pasado setenta años desde aquel día en el que alguien creyó que un poema bastaba para recordarme. Han pasado setenta años desde que ella creyó que unas promesas bastaban para seguir viva.

Desde entonces he sobrevivido en las verdades que algunos inventaron sobre mí; aquellas viejas historias de la ninfa de la casa junto al puente. Sobre una de las rejas del porche han colgado hoy mismo un cartel que anuncia su venta. Muy pronto harán de nuestro hogar, tan distinto, un edificio idéntico a los demás.

El pueblo es ahora otro. Después de los bombardeos del treinta y ocho reconstruyeron la iglesia de don Benito, pero no pudieron recuperar los libros de bautismo que aún guardaban nuestros nombres. Se quemaron junto al manto de la virgen que cosieron las mujeres para la procesión del Corpus; junto a los libros de la biblioteca que construyeron los hombres; junto a los pupitres de la escuela donde, a pesar de mis deseos y sus miedos, sabíamos que nunca estudiarían los hijos que no podríamos tener.

La lluvia y el fango sepultaron mi cruz y mi lápida. Lo que un día fue el cementerio que debía recordarme, ahora es un centro comercial donde cada domingo se entierran las mismas familias tristes.

Hay algo reconocible a lo vivido en este otro lado del deseo. Esta pesadilla. Esta eternidad sin nadie con quien compartir. Este vacío lleno de personas ajenas. Este silencio cargado de desdén. El hecho mismo de que yo siga aquí convertida en una espectadora sin voz. Que permanezca apegada a una realidad que ya no existe, condenada a ver pasar a todos los que me miran sin verme; condenados también ellos, tarde o temprano, a una agonía idéntica, a este aislamiento con el que nadie sueña, pero que algunos conocemos bien. Tampoco ella imaginó que pudiera ocurrirnos esta espera.

Durante los últimos cinco años, la clínica ha sido el lugar de mis apariciones. Allí la he visto a diario, junto a la ventana que da a un patio por donde pasean los internos que aún recuerdan cómo se anda, rodeada de otras ancianas que tampoco hablan. También ella con la bata puesta. También inmóvil. También con los brazos caídos sobre las rodillas, obsesionada con perder un anillo que llevaba grabado mi nombre y que nunca se atrevió a ponerse, dejándose lavar por la misma enfermera a la que esa noche le tocó la guardia, ocupando un día y otro la última de sus camas, que ayer quedó disponible.

Tacirupeca

De Rosa María Andreu Rueda

Tacirupeca tiene 12 años No es rubia, ni viste capa roja. Su abuelita no vive en una cabaña en lo más intrincado del bosque. Hoy, sábado, visita con su mamá a la anciana en la residencia donde la mujer ingresó al quedar viuda.

— Es un sitio fantástico -dijo a sus hijos- tiene teatro, jardines y hasta peluquería.

Hace un día magnífico. Pasean las mujeres por el jardín charlando entre risas, mientras Caperucita, ajena, corretea delante asustando a las confiadas palomas.

— Dña. Isabel. ¡Qué bueno verla!

— Buenos días, Fermín -contesta la abuela- y dirigiéndose a su hija añade: Ana, este es Fermín, nuestro peluquero. ¡Qué manos tiene!

Tacirupeca se acerca pidiendo su merienda. El peluquero, bajito y menudo, teñido de un rubio desvaído, afeminado en su hablar y en su actitud, repara en la pequeña.

— ¿De dónde ha salido esta preciosidad? -dice mirando a la niña mientras alarga su mano para acariciar su cabeza- ¡Qué maravilla de trenza! Doña Isabel, es pronto, mientras ustedes hablan de sus cosas me llevo a la niña y le hago un alisado rápido

Halagadas y confiadas, las mujeres no ponen reparo.

La pequeña entra tras él en el desierto salón. No más citas por hoy.

Fermín la coloca de pie, en el centro de la desangelada sala. Ata a su cuello un rojo peinador, demasiado grande, y comienza a deshacer, lentamente, la trenza gruesa y dura que imagina golpeando la espalda de Caperucita como un látigo, cuando la niña salta a la comba. Desliza, temblorosos, sus dedos entre el cabello separándolo en mechones. La peluquería huele a amoniaco. La niña se siente incómoda atrapada en esa capa que le inmoviliza los brazos.

El hombre repeina guedeja tras guedeja. Una y otra vez. Deleitándose. Un movimiento de cepillo tras otro acerca más y más su cuerpo al de la niña. Más cerca, más fuerte... Restriega su vientre, cada vez más duro, contra la niña. Con cada embate del lobo Caperucita se siente más intimidada.

Ella no cede. Tensa sus músculos. Su cuerpo rígido defiende su espacio, no deja que la bestia invada su territorio. No entiende este juego, y en su inocencia, no quiere parecer débil. Desconoce aún las reglas de este pulso, solo sabe que le incomoda.

Alguien llama a la puerta. Entra la abuela.

— Nena, es hora de irse. Di adiós y da las gracias ¡Pero que guapa estás! – dice a la niña pellizcándole el moflete-. Gracias Fermín, has sido muy amable.

Atraviesan cogidas de la mano la puerta. Tras ellas, el lobo jadea.

Relatos ganadores y finalistas 2023
VII Premio de Relato
Fundación Fomento Hispania

Jurado

Luz Gabás
Soledad Puértolas
Sergio Ramírez

Primer Premio

Un lucero en el bolsillo (Jesús Gella Yago)

Segundo Premio

Los hidrófobos (Víctor Niso García)

Tercer Premio

Continuo espacio-tiempo (Raúl Ariza Pallarés)

Finalistas

Que elija el destino (Esteban Torres Sagra)
El primer paso (Virginia Jiménez Delgado)
La hora del baño (Paloma Rodríguez Ortega)
Que el viento te lleve (Nélida Leal Rodríguez)
Se vende (Raquel Pons García)
No supe verlo (Pilar Payo Pérez)
Mi pequeña gran circunstancia (M^a de la Soledad Salas Alcaraz)

Introducción de los miembros del jurado

Iniciativas como la de los premios de Fundación Fomento Hispania a relatos que tratan sobre las mujeres permiten a muchas personas con inquietudes narrativas contar esa historia que les late dentro, sea inventada o basada en su experiencia personal, y ofrecen al lector la posibilidad de descubrir grandes mundos condensados en pocos párrafos.

Luz Gabás

Escribir un relato requiere un movimiento interno muy especial, un radical cambio de perspectiva. En cierto modo, dejamos de ser la persona que somos en la vida que compartimos con el resto de la humanidad. Damos un paso hacia un lugar que es solo nuestro. Adquirimos una personalidad nueva, desconocida, arriesgada. Aún cuando nuestro propósito sea relatar nuestra propia experiencia, ya no estamos enteramente ahí, en la acción. Nos encontramos en el territorio de las palabras, que se rigen por sus propias normas, que tienen sus propios caprichos, que nos proporcionan muchas sorpresas. Desde aquí, todo se ordena de otra manera y, en ocasiones, se produce el milagro, la magia, la literatura. Este el reto que subyace en todo relato, el reto que merece la pena afrontar, porque la recompensa nos acompaña: estamos tratando de romper las cadenas que nos ligan a la realidad.

Soledad Puértolas

El concurso de relatos promovido anualmente por la Fundación Fomento Hispania atrae a miles de concursantes y demuestra que, contra todas las predicciones sobre la decadencia y muerte de la literatura, la imaginación sigue viva en toda esa legión de escritores que buscan lectores, para mostrar los mundos que inventan a través de sus textos. La literatura, como nos enseñó Cervantes, es la vida. Y estos miles de escritores que al concursar quieren ser leídos, nos enseñan que vale la pena vivir por las palabras.

Sergio Ramírez

PRIMER PREMIO

Un lucero en el bolsillo

De Jesús Gella Yago

Lucy salió de la cueva para mirar las estrellas. Advirtió que una masa oscura cubría aquellos intrigantes puntos de luz presagiando estruendo. El cielo volvería a deshacerse hasta penetrar en la cueva. Cuando volviera la calma Lucy saldría a buscar una de esas luces zigzagueantes que quedaban prendidas del suelo. Sus hermanos celebrarían poder asar la caza y calentar la cueva. Del fondo llegaban gruñidos y el llanto de los pequeños. Nadie aún la llamaba Lucy, pero sabía dónde encontrar el fuego.

La tormenta amainó antes de amanecer. Los gallos aún dormían y Lucy ya se había calzado los zuecos para inspeccionar el sembrado. Con mala cosecha el invierno sería duro, después de dar su parte al señor y pagar el alquiler al monasterio. Lucy vio una columna de humo. Antes de dar la alarma quiso comprobar si un rayo había alcanzado los frutales. Encontró la granja vecina en llamas. Un fragor de cascos la aturdió y sus ojos se llenaron de barro y ceniza. Solo pudo intuir el brillo sucio de las armaduras de hombres y caballos, sin reconocer el emblema de los estandartes. Un guantelete atenazó su brazo.

Quiso sacudirse la mano que tiraba de ella golpeándola con el abanico de encaje, pero la severa mirada de sus padres la disuadió. Lucy disimuló acomodando el ruedo de su falda. Aquel baile podía propiciar un matrimonio conveniente que aliviara la economía de sus padres y que le aseguraría a ella un aburrido porvenir de meriendas con té, tardes de costura y quién sabe cuántos hijos correteando alrededor. Se dejó conducir al centro del salón por aquel hacendado que le doblaba la edad. Su torpeza casi arruinó el minué, pero la gracia de Lucy evitó el ridículo. La complacida sonrisa del caballero auguraba campanas de boda.

Las cigüeñas se espantaron al tocar las campanas a rebato. Su sonido se confundía con las sirenas. Lucy se ajustó la cofia y se movió entre las camas para tranquilizar a los soldados heridos. Un joven sargento trataba de incorporarse para alcanzar una cartera de cuero, sin recordar que la propia Lucy había ayudado a amputarle un brazo. El rumor de los bombarderos llegó a través de los cristales rotos. El techo se desplomó y la cama del sargento desapareció. Lucy no podía oír nada. A su alrededor revoleteaban fotografías y

cartas chamuscadas que salían de la cartera abierta entre los escombros.

El remolino de papeles se posó sobre los fragmentos de piedra arrancados. Las octavillas lanzadas al aire decían que bajo los adoquines estaba el mar y un tropel de estudiantes levantaba el pavimento para buscarlo. Lucy se había unido a ellos desde el barrio donde soñaban los artistas en sus buhardillas. Un policía la empujó hacia un grupo de mujeres que agitaban sujetadores en la mano. A Lucy se le ocurrió una idea y pidió un mechero mientras se levantaba el jersey para desabrochar el suyo.

Volvió a recomponerse la ropa. Ver la ecografía de su primer hijo había hecho que la cabeza de Lucy diera vueltas. Pensó que pronto se notaría el embarazo y que en la embotelladora no la querrían moviendo garrafas. Apoyó la mano en su vientre para sentir aquella mezcla aún tierna de calor y azar. El peso de las garrafas se volvió liviano y Lucy sonrió.

Una garrafa de plástico concentraba las miradas. Lucy pidió a un alumno que apagara las luces del laboratorio para observar la deflagración. Acercó una llama al recipiente con vapor de etanol y una bola de fuego trató de escapar con un silbido antes de consumirse. La clase aplaudió la reacción y Lucy accedió a repetir el experimento para que pudieran grabarlo con sus teléfonos.

Las cámaras estaban preparadas aguardando el momento. Lucy se inclinó para que la cinta pasara por su cabeza. Al erguirse notó el peso del metal sobre el pecho lleno de orgullo. Aquella plata olímpica sabía a gloria.

Lucy bajó del podio entre aplausos. Declinó la ayuda de un ujier porque aunque su gestación estaba avanzada podía moverse con soltura. Sabía que del calado de su intervención en la cumbre de jefes de estado dependía el futuro de generaciones. Repasó mentalmente las ideas principales de su discurso para condensarlas en una declaración a los medios y se dirigió a la sala de prensa.

A ambos lados había un cordón de periodistas. Lucy avanzó por la alfombra roja. Su cuarta película como directora era una de las favoritas para triunfar en la ceremonia. Se entretuvo firmando autógrafos y después se dejó llevar por una marea de flashes y lentejuelas hasta el interior de un teatro abarrotado de estrellas.

Todas las estrellas del firmamento se desplegaron ante Lucy. Acababa de salir por la escotilla en su traje espacial para sustituir un panel solar de la estación. A más de trescientos kilómetros de la Tierra recordó lo que su madre solía decir: si te lo propones llegarás hasta la más remota galaxia y podrás guardar un lucero en tu bolsillo. Admiró aquella esfera azul salpicada de nubes y alargó la mano para notar el universo al alcance de sus dedos.

Abajo, Lucy salió de la cueva para mirar las estrellas.

SEGUNDO PREMIO

Los hidrófobos

De Víctor Niso García

A los Sekuwe les abruma toda cantidad de agua que supere la que les cabe en el cuenco de una mano. Así ocurre: apenas toleran los charcos, enfebrecen ante los ríos, la contemplación prolongada del lago Skiche puede arruinar su sentido de lo mismo y lo diferente, no conciben el mar. Además, se asean con arena y se ocultan para beber, pues consideran el contacto con el agua motivo de repugnancia y de vergüenza.

Cada seis o siete años, una nueva generación de antropólogos llega con sus cuadernos de notas, sus camisas color caqui, cerillas y fonógrafos para ganarse el favor de los nativos, y se instala muy cerca del poblado. Hasta ahora no han conseguido esclarecer el misterio en torno a la hidrofobia de los Sekuwe. Se habla de un extraño tabú religioso, pero lo cierto es que las teorías y los artículos se suceden sin llegar a ninguna solución consensuada y definitiva.

Contribuye a ello el propio carácter de los Sekuwe: desconfiados, introvertidos, esquivos. Sólo algunas jóvenes acceden a hablar a cambio de algún objeto; sin embargo, sus versiones son tan contradictorias y confusas y su risa tan incontrolada que cabe pensar en una broma.

Buena parte de la vida comunitaria transcurre a la sombra del enorme entramado de paja, ramas y hojas al que se refieren como Kustema S'ke o «Gran Paraguas». Bajo esa techumbre por completo impermeable se reúnen los noventa o cien miembros de la tribu durante las semanas del monzón. En el centro del Gran Paraguas se encuentra siempre aquel a quien llaman Nik'ndia Akwa, algo así como «el Seco Sagrado». Se trata del más longevo de los sekuewanos —imposible determinar su edad— y el que lleva el régimen más estricto en relación al agua: sólo se hidrata a través de la fruta. Luego su exigua orina es recogida en un cuenco de madera, en torno al cual, hasta que el líquido se evapora, siempre debe estar danzando al menos un varón adulto.

Las únicas que, más allá de expediciones concretas con fines prácticos, solían alejarse del Gran Paraguas eran Marksua, Eltseka, Kio y Claraka, algunas de ellas adolescentes todavía. Al caer el sol, en mitad de la llanura o sorprendentemente cerca

del lago Skiche, minutos antes de que tuvieran que regresar al poblado, podían verse unas sombras alargadas y las cuatro figuras de las chicas junto a un sillón de mimbre descompuesto: tocadas con un sombrero panamá unas, otras con un puro apagado y al revés en la boca, bailando todas al son fantasmagórico de un fonógrafo que hacía ya algunas semanas que había dejado de funcionar.

Ocurrió una noche de luna llena que las cuatro jóvenes salieron de sus cabañas sin ser vistas ni oídas y, tras reunirse en los alrededores del lago Skiche, emprendieron el camino hacia el centro del poblado. La espectral circunferencia de la luna les permitía verse las caras concentradas y serenas; pero ninguna hablaba, no podían: buches de agua les llenaban las bocas.

Era de madrugada cuando los gritos se multiplicaron: «¡Han mojado al Seco Sagrado! ¡Han mojado al Seco Sagrado!». El venerable anciano se revolcaba por el suelo como si lo hubieran rociado con ácido. Los primeros que llegaron a socorrerle usaban grandes abanicos de hojas o lo cubrían con arena. Las jóvenes lo contemplaban atentas pero impasibles, con una curiosidad casi científica; el Seco Sagrado, en un instante de respiro entre sus doloras vueltas y aspavientos, las señaló.

Ellas huyeron, con casi toda la comunidad detrás, hasta verse acorraladas al borde del lago Skiche. Algunos de los perseguidores ya empezaban a marearse por la visión y la proximidad de tal cantidad de agua. Ante la sorpresa de todos, las cuatro a la vez, en paralelo, dieron un par de pasos hacia atrás, de modo que el agua les cubrió los pies; entonces se giraron y ya de cara al lago avanzaron con absoluta tranquilidad, como si pasearan, sumergiéndose poco a poco hasta dejar apenas cuatro nudos de ondas concéntricas que acabaron tocándose, anulándose entre sí y desapareciendo de la superficie ya de nuevo tersa del lago. Entre los miembros de la tribu hubo gritos desesperados y vómitos: no podían comprender lo que acababa de ocurrir. Incapaces de seguir mirando hacia el agua sin convulsionar, aullando y arañándose los muslos, con la ira que nace del desconcierto, regresaron al poblado.

Los dos antropólogos que habían llegado hasta allí alertados por la barahúnda y que, temerosos de las corrientes del lago, habían sido incapaces de lanzarse para intentar salvar a las jóvenes, aguardaron aún diez minutos y luego se marcharon intercambiando palabras de duelo y de confusión. Al igual que los sekuewanos, tampoco pudieron ver cómo cuatro cabezas lentas, en paralelo, emergían en la lejanía del agua; ni los cuatro cuerpos al fin, confiados y brillantes bajo la luz lechosa de la luna, que alcanzaban caminando la otra orilla.

TERCER PREMIO

Continuo espacio-tiempo

De Raúl Ariza Pallarés

Cada mañana me despierta el vecino del piano. Es ambicioso, pero como las paredes no evitan la claridad de sus errores cuando intenta interpretar a Yann Tiersen, yo amanezco contrariada. Demasiada distorsión para aún no haber siquiera bostezado. Me peino sin saber muy bien para qué. Con la taza de café en la mano, me asomo al patio tratando de no espantar a los gorriones que se posan y revuelven con sus picos y sus patitas la arena de las macetas. Son muchos más que antes del encierro. Más cantarines. Gordos. Felices. Los miro absorta, ensimismada en sus trinos, y no puedo evitar recrearme en una nada algo dolorosa. Luego me siento frente al ordenador para atender el poco correo laboral que llega en estas circunstancias. Apenas leo la prensa. Tampoco navego por las redes que antes tanto frecuentaba. Solo atiendo el correo y después le dedico un tiempo a la novela que he comenzado. Corrijo, borro, improviso. No tardo mucho en cansarme. Cuando él se despierta y viene a darme el beso de buenos días yo ya estoy hastiada de no escribir. Es como si ese beso acelerara mi apatía. Entonces me pongo en pie y, o me asomo un segundo a la ventana para ver si por casualidad la veo a ella, o recorro lentamente las estancias de mi casa con las manos en los bolsillos de la sudadera que se ha convertido en mi sudario. Aburrida, impaciente. Enjaulada. También leo durante un rato. A Virginia Wolf, por ejemplo. Y algo de poesía. Luego llega la hora de hacer la comida. Él prepara la ensalada y pone la mesa mientras yo cocino. Una tarde, hace ya tres semanas, me ayudó a hacer galletas. Fui él quien me pidió que le enseñase a hacer galletas. Quería que fuésemos cómplices en alguna actividad. Y fue divertido. Y salieron buenas. Pero hasta de eso me cansé ya la primera vez que las horneamos. Después de comer trato de echar la siesta –sin llegar a soñar– y después encadeno capítulos de series que elijo sin mucho criterio, solo porque parecen que son de acción o de intriga. Así paso la tarde hasta que me pongo a hacer ejercicios sobre una esterilla que extiendo en el salón. Sigo con sobrepeso y me gusto incluso menos que antes de que comenzara el confinamiento. Tocan las ocho y salimos al balcón para aplaudir y sonreírnos tan tontos como esperanzados. Ayer incluso nos besamos en mitad de esa artificiosa euforia que se desata. Y entonces, la vecina de

enfrente por fin se asoma. Y sin que ni mi pareja ni ella lleguen a advertirlo, yo me aferro a su aparente alegría, a su cabello dorado y a sus labios rojos recién pintados, mientras desde algún balcón cercano suenan como estertores las últimas notas de una canción del Dúo Dinámico. Atiendo furtiva su risa y me voy con la impresión de que hemos cruzado la mirada por un instante, justo antes de volver a encerrarnos. A la hora de la cena los ecos de mi alegría se deslíen ya lejanos, o inexistentes, o imaginados, aunque lo que perdure en mi retina, a pesar de ese lento declinar del sol entre las primeras sombras de la tarde, sea la estela de los labios reventones de mi vecina. Qué cenamos hoy. No sé. Piénsalo tú. Y ya en la mesa tendemos a repetirnos de forma inevitable; mismas pautas, iguales silencios, idéntico programa inane de fondo en la televisión. No vemos las noticias. Por miedo y por hartazgo. Apenas vemos las noticias. Solo levantamos nuestras cabezas del plato cuando oímos risas enlatadas o para ver fingidas muestras de amor o ternura en la pantalla. De vez en cuando nos miramos en silencio y sonreímos condescendientes. O insatisfechos, quién sabe. Pero nada más. Hubo otras noches en las que cenábamos fuera de casa, con amigos y risas menos forzadas, bebíamos vino en copas y charlábamos por los codos. Él, con intensidad, sobre paraísos imaginarios. Yo, con mesura, de nuestro zozobranante paso por la Tierra. Creo que éramos felices. No estoy segura. Mientras me lavo los dientes voy recordando aquellos lejanos tiempos y pensando en el mullido sepulcro que es mi sofá. Las dos cosas a la vez. Hoy toca cine clásico y me apetecería que lo disfrutásemos juntos. Pero ocurre que mientras yo sí que atiendo la película, él se la pierde enviando mensajes de cariño a la familia, algo que, si me apuras, hasta es normal, porque está lejos. También su familia. Así que no es hasta que el *The End* aparece superpuesto sobre una casa en llamas, cuando nos volvemos a mirar y nos damos el otro beso del día. El de buenas noches. Es entonces cuando él se va a la cama a leer y yo salgo un minuto al patio interior para escuchar los quedos lamentos de un cielo estrellado, y la monótona salmodia de un mundo de ventanas insomnes y miedo invencible. Antes del volver al sofá, un poco destemplada, me asomé por la ventana para ver si hay luz en casa de la vecina. La hay. Me arropo con la manta a cuadros, que marzo está siendo frío y, para acabar de entrar en calor, me pongo a pensar en la tierna mirada de Joan Fontaine. Hoy tocaba cine clásico. «Anoche soñé que volvía a Manderley...»

Que elija el destino

De Esteban Torres Sagra

He pedido la muerte muchas veces. A Dios, sobre todo, en cartas anónimas escritas con la mirada y con el pensamiento sobre papeles de éter, donde mejor se formulan los deseos.

He pedido la muerte a gritos. Entre lágrimas. A solas. Suspirando. En mitad de una muchedumbre. En silencio. Dormida.

La muerte para mí o para él, me da lo mismo. Si para mí, por acabar la tortura en la que llevo inmersa veinticinco años con un broche final digno, liberador; salida mágica a este laberinto, a esta claustrofobia que me invade las entrañas. Si para él, para que no vuelva a maltratar a nadie. Para que pague por todo el daño que me ha causado desde el maldito día en que nos conocimos. Para que la Justicia pise por primera vez las baldosas de esta casa en la que todo el mundo conoce mi calvario y nadie hace lo más mínimo por ayudarme.

Al final he optado por facilitar a Dios la tarea forzando un poco, acelerando los trámites de mi petición con unos gramos de estricnina en un trozo del pastel que he hecho para celebrar nuestras bodas de plata. Es una tarta de chocolate y trufa, su favorita. No se merece menos la ocasión. Nunca se resiste a un postre tan apetitoso.

Una vez que he añadido el tósigo y tras colocar sendas raciones iguales, una con el matarratas y la otra no, una al principio y otra al final de un mismo diámetro sobre una bandeja redonda, he cerrado los ojos y la he girado muchas, muchas veces; la he girado hasta perder la noción del tiempo como en una macabra ruleta de la fortuna. “Ruleta rusa dulce”, he patentado dentro de mi cabeza esta forma novedosa de morir o matar, de viajar al infinito o de viajar al futuro. Y la frase ha engendrado un esbozo de sonrisa en mis labios, a los que hacía mucho tiempo que no se asomaba una sonrisa. Así el destino elegirá libremente a quién llevarse. Si me toca a mí, sé que será el hombre más desgraciado del mundo y que se ahogará en sus miserias y en sus remordimientos, en una soledad convulsa y sin remedio, por lo que pagará con creces sus atrocidades y me sentiré satisfecha donde quiera que esté. Si le toca a él, mientras agoniza y se convulsiona, le recordaré con todo lujo de detalles cada paliza y cada vejación, cada insulto, cada violación, cada ninguneo de mi voluntad. Las llevo anotadas una por una en el alma con tinta indeleble. Con fuego. Con soldaduras de estaño en sus nervaduras delicadas. En

cada cicatriz, visible o invisible.

Todo lo dejo en manos del albedrío. Será la casualidad o la suerte la que elija el pasaporte del afortunado. Tal vez sea a Dios a quien le toque decidir.

Cuando he puesto la bandeja en la mesa, él se ha comido su pedazo en un santiamén, sin parar de decir lo sabrosa que estaba, casi sin degustarla; por eso, cuando estaba a punto de meterme yo en la boca la primera cucharada del mío sin saber aun si el veneno estaba en ella o en el trozo de él y antes de que una lágrima consagrara el instante, no he podido resistirme a sus ojillos golosos -en el fondo soy una sentimental- y le he ofrecido la mía, sacrificándome como siempre, diciéndole:

- ¡Anda, cariño, tómate también esta otra, si a mí sabes tú que me da igual, que el dulce no es lo mío! ¡Verás qué bien vas a descansar...!- y, cuando iba a añadir “eternamente” para rematar la retahíla, por fortuna me he mordido la lengua en ese instante.

No hubiese estado bien desvelarle el final de la película antes de tiempo.

El primer paso

De Virginia Jiménez Delgado

La fecha estaba marcada en rojo en el calendario, pero ni mis padres ni mi hermano mayor sabían la verdadera razón. Me sentía mal al engañarlos así, pero tocaba dar el primer paso, y solo podía ser de uno en uno. Seguramente pensaban que había redondeado el 15 de septiembre porque ese día comenzaba mi andadura en el bachillerato de Artes.

Yo misma dudaba de todo aquello y así, entre dudas, se me había pasado el verano. Pero la noche anterior había conseguido convencerme a mí misma y ya no había marcha atrás. Lo había preparado todo minuciosamente para que así fuera: mi ropa nueva planchada se encontraba encima de la silla, los complementos a juego, en el escritorio y los zapatos, bajo mi cama.

Cuando me levanté, todos seguían acostados. Me fue imposible desayunar, así que me metí en el baño en silencio y me vestí con la blusa y la falda que había escogido para la ocasión. Planché el cabello que había dejado crecer durante el verano y me puse los pendientes y las pulseras que me había regalado mi mejor amiga para que estrenara ese día. Pensé, con tristeza, que ella no estaría allí conmigo en aquel momento crucial de mi vida.

Cogí la mochila y salí hacia la parada del autobús.

Mientras esperaba, noté por el rabillo del ojo cómo un par de señoras me miraban y comentaban algo en voz baja. Sentí un viento frío que se colaba por debajo de mi falda y viajaba hasta mi entrepierna. Tapé mi cara con algunos mechones de pelo y fingí mirar algo en la pantalla del móvil. Cuando llegó el autobús, pagué al conductor y me dirigí a los asientos de atrás.

A medida que me acercaba a mi destino, se me revolvía el estómago y me daba vuelcos el corazón. Aquel día no me apearía en la parada de años anteriores. El bachillerato de artes solo se ofertaba en un instituto de mi ciudad y, por suerte, no era el mismo en el que había estudiado la educación secundaria.

De otra manera, quizás no hubiera tenido el valor para dar aquel paso.

Cuando llegué, pensé en dar media vuelta. Aún estaba a tiempo de regresar a casa y cambiarme. Por un momento, sentí la ropa ridícula y el viento seguía incomodándome. Iba a dar un paso atrás cuando vi un grupo de chicos que se paraban a saludarse en

medio de la puerta de entrada, por lo que no tuve más remedio que continuar mi camino hacia el aula.

En la clase solo había dos chicas que charlaban animadamente en los asientos de la primera fila y un chico que miraba el móvil distraídamente en una esquina.

Saludé en voz baja y corrí a la última fila una vez más con la cabeza gacha. Las chicas respondieron a mi saludo y después continuaron con su conversación. El chico ni siquiera levantó la mirada.

Poco a poco, la clase se fue llenando, y cuando las agujas del reloj marcaron las ocho y media, un hombre barbudo de mediana edad entró en el aula con una carpeta en la mano. Su nombre era Manolo y dijo que sería nuestro tutor durante ese curso.

Sacó un folio de la carpeta, se ajustó las gafas y comenzó a leer de uno en uno los nombres de la lista.

—Si queréis que os llame de alguna forma en particular, decídmelo. ¿Aranda, Juan José?

Un chico levantó la mano.

—Prefiero Juanjo.

—Juanjo —confirmó Manolo, apuntándolo en el papel—. ¿Bellido, Ana Belén?

—Aquí.

—¿Bustillo, Luisa?

—Yo.

El corazón me latía a tanta velocidad que se me iba a salir del pecho. Las manos me temblaban y el sudor me caía a chorros por el cuello.

—¿Díaz, Francisco?

—Curro, profesor.

—Bien, Curro. ¿Domínguez, Daniel?

Nadie contestó. Tragué saliva. El profesor volvió a repetir el nombre. Creía que iba a vomitar.

—¿Domínguez, Daniel? ¿No está?

Estaba a punto de escribir algo en su hoja cuando me decidí a alzar la mano. Manolo me miró por encima de sus gafas de pasta marrón.

—¿Sí? ¿Necesitas algo?

—Yo soy Daniel —respondí en voz baja.

—¿Perdón?

Los colores se me subieron a las mejillas. Notaba todas las miradas encima de mí. La voz me tembló cuando volví a hablar, esta vez más alto.

—Yo soy Daniel —repetí—, pero... prefiero que me llaméis Daniela. Mejor Daniela —Estas últimas palabras escaparon de mi boca en un susurro apenas audible.

La clase se quedó en silencio por unos instantes. Ni siquiera me atrevía a alzar la mirada de mi pupitre.

—Muy bien, Daniela...

Por fin me decidí a mirar a Manolo, que me devolvía una sonrisa sincera. Escribió mi nombre en su folio y continuó nombrando al resto de los alumnos con toda naturalidad.

Mi cuerpo se desinfló y me apresuré a limpiar una lagrimilla traicionera que había conseguido escapar de mi ojo derecho. La nariz me empezó a moquear y la chica que estaba sentada a mi lado me tendió un pañuelo de papel. Le agradecí el gesto y limpié disimuladamente.

—Me gusta tu falda —susurró con una sonrisa.

Se la devolví como pude y fingí atender al profesor, que continuaba pasando lista. El resto de la clase me la pasó con el pecho henchido de orgullo, las piernas temblorosas y la mente nublada de felicidad.

La hora del baño

De Paloma Rodríguez Ortega

Todo está dispuesto meticulosamente. De hecho, cuando se prepara, se olvida del tiempo. Aunque la verdad es que últimamente siente que le sobra por todas partes: encuentra racimos de horas y minutos en cada bolsillo, en cada cajón de la cocina, y no sabe qué podría hacer con ellos. “No sé por qué tengo tanto, si no lo quiero”, piensa mientras coloca los botes en una escrupulosa fila. Primero el gel, de coco, porque ella siempre olía ligeramente a playa. El champú, anticaída, intentando reducir el número de diminutas marañas de pelo que le acechan en cada rincón de la casa, se le enredan en la ropa, e incluso a veces, se le meten en la boca, haciéndole recordar cruelmente que cada día es un poco más calvo y más mayor. La toalla grande, la roja, la violeta no, porque a ella le disgustaban profundamente las pelusas que dejaba sobre la piel después de haberse secado con ella. Sin embargo, tampoco quiere deshacerse de esa toalla. La mira de soslayo susurrando que es una puta mierda, que no sirve ni para limpiar las manchas del espejo, que es una vergüenza las pelusas que deja... No la usa, pero la guarda como un tesoro, vinculándose con su hija de esa sencilla manera: el disgusto unánime hacia una toalla. La crema hidratante, para después, y quién iba a decirle a él que a sus cincuenta y muchos años iba a cuidar de su piel como si fuera una jovencita. El peine, el desodorante y la colonia.

La bañera se llena poco a poco, con un ruido que parece que nunca terminará. Ruge la cañería del agua caliente mientras el líquido se va agolpando y formando espuma al contacto del jabón. Ruge como una fiera, tal como haría él si pudiese, pero es que se ha quedado mudo. O no exactamente, porque si quisiera hablar podría, pero es que no quiere.

Los espejos cubiertos de vapor no dejan apenas que vea su imagen; y sonrío porque piensa en lo bueno que sería desaparecer, o ser ingravido, un susurro tan sólo, porque el cuerpo le pesa mucho, y poder llegar hasta donde ella estuviese, si es que está en algún sitio, que eso también lo duda.

Se introduce despacio en la bañera, que ya está casi llena, y siente el agua acariciando su cuerpo. Ya nadie le acaricia, pero es que le aqueja un extraño miedo al contacto de otras manos, al roce de otra piel. No se siente vivo y no quiere que nadie, con un roce pueril, le haga sentir lo contrario, aunque sea por un instante. Entra entonces en

contacto con Cristina, es como si su cuerpo se encogiera para ajustarse al de ella. Intenta completar el puzle de aquella noche: la imagina desnuda, pixelando pudorosamente en su cabeza sus formas incipientes de mujer, construyendo vanamente diferentes mapas de su pensamiento, buscando una explicación que, sabe, jamás será satisfactoria. El corazón se acelera sin aviso y después se detiene, convirtiendo algo vivo en una muñeca que se hunde sin remedio en esa bañera en que papá y mamá le dieron sus primeros baños, con patitos de goma flotando, igual que lo hizo su cabello, como en un intento de salvarla, una última respiración que no llegó. Y los ojos, llenos de agua que él supuso lágrimas de sufrimiento. Cuánto miedo. Y entonces vuelve a sentir que hay ausencias más tangibles que algunas vidas. Ahora, en unos minutos, Mercedes aporreará la puerta y le pedirá que salga. Él hará caso omiso, y entonces ella llorará un poco, le dirá que no puede seguir así, que tiene que intentar superarlo, que no puede dejarse morir en la bañera. Pero Paco no la escucha, cierra sus oídos, toda su percepción; sólo siente el agua, el frío de la porcelana contra su espalda, las volutas de espuma que se acercan, flotando, para posarse unos instantes en su piel. Mercedes llorará un rato contra la puerta mientras forcejea con el picaporte, aguantará unos minutos, cada vez más escasos, e irá arrastrando las zapatillas a hundir su pena entre los cojines del sofá.

Paco permanecerá sumergido, escondido allí, horas y horas. Ni el frío, ni el entumecimiento de los músculos le hacen desistir. Sólo sale del agua cuando siente sueño. Nunca desdeña las llamadas del sueño porque allí, de vez en cuando, se topa con ella y ve su sonrisa, y su pelo, que era del color del caramelo, y la ve cuando era niña y le agarraba fuerte de la mano, la ve sobre un columpio gritando “Papá, más alto” mientras no para de reír, y su risa se le clava dentro, muy dentro, y siempre acaba despertándose con su propia voz gritando el nombre de su hija, y vuelve a correr trastabillando hasta su habitación, a sabiendas de que no está, y vuelve a enfadarse con Mercedes, que se deshizo de todos los objetos personales de la niña y no le dejó nada, nada a lo que poder abrazarse, vacío absoluto, nada más que esa vieja bañera y mohosa que fue su tumba, y en la que ahora, como cada día, como cada tarde, Paco ha vuelto a sumergirse. Por si la encuentra.

Que el viento te lleve

De Nélide Leal Rodríguez

Esta mañana, al levantarme, fui Escarlata O'Hara, intrépida y temeraria. Desdeñé que mi pelo es escaso y rubio en vez de negro y lustroso, desdeñé mis vulgares ojos, que nunca fueron verdes, y desdeñé, a regañadientes, que tú —estrictamente— no te llamabas Rhett Butler y jamás ostentarías su sureña caballerosidad. No te comportarías como un caballero ni cien reencarnaciones mediante así que, con el invisible uniforme de soldado confederado y un rifle imaginario que rescaté de Gettysburg, recorrí nuestro piso, buscando tu rastro, para descerrajarte de un tiro y recrear yo misma, después, el solemne juramento por el que Dios sería eterno testigo de que jamás volvería a sentir amor por ti.

No eran ni las once cuando claudiqué: Escarlata no era una buena elección, le quedaba demasiado grande a mi tristeza. Solté el rifle y aún resuelta, decidí plantarle cara a tu abandono mutándome en una mujer más sencilla, alguien que, como una madre amorosa, fuera capaz de sobrellevar el desengaño, justificando en tu nombre legítimos motivos para la huida, llegándote —quién sabe— a perdonar. Melania Wilkes se sentó, y yo con ella, en el sofá y de verdad que lo intenté, traté de vestirme con su bondad para disculparte y no tacharte de miserable desertor de este romance, pero se me agotaron las buenas intenciones cuando, palabra por palabra, recordé la nota que me habías dejado.

Ni Escarlata ni Melania podían ayudarme, así que tomé la única decisión posible. Me pinté la cara con betún, me coloqué con cuidado un enorme cojín en la retaguardia, busqué un delantal blanco en la cocina y fabriqué una burda cofia con un pañuelo; después, con mi acento de complaciente cautiva, aquella en la que tú me habías convertido, jugué a ser Mamita. Mamita aceptaba los desaires del destino, Mamita sabía resignarse a que los demás decidieran por ella, a que su papel nunca fuera el protagonista... pero, al mismo tiempo, Mamita, aquella descomunal mujer negra de boca fruncida y gruñona, se había erigido como estandarte fiel de su impetuosa señora, la confidente de sus tristezas, la última y definitiva absolución que tantos pecados reclamaban. Yo era, o lo había sido, igualmente necesaria ante tu déspota personalidad. Fui siempre tu Mamita, atenta a tus órdenes y al menor de tus caprichos, regañándote solo ocasional y dulcemente cuando cometías errores, consolándote cuando te metías en líos por no hacerme caso, sin quejas, sin reproches, sin asomo de rebelión. Sabiéndome mejor que tú, pero no queriendo hacer

ver que lo sabía desde el primer día.

Aquello parecía funcionar, sentí una fuerza nueva, como si pudiera servir de algo continuar mostrándote el apoyo que ni siquiera habías reclamado nunca, pero... sí, aunque estuve a punto de encontrar mi Alter Ego, los hados del destino, traicioneros como siempre, o tal vez salvándome de la indignidad de pretender disculpar una vez más tu cobardía, adoptaron la forma de "Tara", nuestra gata... noté de repente una presencia juguetona que escalaba sin piedad mis piernas desnudas para alcanzar las cintas del delantal, y caí de bruces, con tan mala suerte que cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue tu nota; sí, la maldita nota que arrojé al suelo ayer, después de ver tu lado del armario tan destruido y desolado como quedó Atlanta la noche del incendio, cuando los confederados trataron de eludir una segura derrota: "Estás obsesionada con esta película, necesitas un psiquiatra. Adiós", leí. Otra vez.

Resoplé, de nuevo hirviendo de furia, "Tara" salió despedida de entre mis piernas, y ya no pude seguir pensando que el problema no era mío, que yo no era la obsesiva perturbada que vivía en una cinematográfica realidad alternativa, y eras tú el único culpable, por rechazar interpretar a Rhett y preferir ser Ashley, el cobarde Ashley.

Pero no estoy derrotada, no me has vencido, maldito sureño con ínfulas de yanqui: yo seré más fuerte, sobreviviré, tengo sangre celta en mis venas, sangre de Irlanda, que resistió intacta a ocho siglos de humillación inglesa. Superaré este revés porque soy como la tierra de Tara, eterna y perdurable, por encima de las trivialidades de un corazón ingenuo, capaz de trascender de este momento de debilidad.

Después de todo, mañana será otro día.

Se vende

De Raquel Pons García

Con el motor del coche apagado se escuchaban los quejidos de mi hermana, que andaba con la cabeza hundida dentro de su bolso gigantesco rebuscando dios sabe qué. No alzó la vista en ningún momento para mirar la casa de mamá. Bajó la visera del copiloto y, sin echar ni un vistazo a aquellos muros de un amarillo enfermizo, se repasó las pestañas con el rímel hasta dejarlas como carroña de buitre reseca al sol. Mismo pelo ralo y quebradizo; los hombros, ligeramente hundidos hacia adentro formando un escudo protector de hueso y pellejo; dientes lisos, como si fuéramos conejas y, sin embargo, ella con ese aire diplomático para no ser más que la secretaria de la empresa de extintores de su marido. «Venga, vamos adentro», dijo sin hacer amago alguno de bajarse del coche, sin desabrocharse siquiera el cinturón. «Sí, echamos un vistazo, ponemos el cartel de se vende y nos volvemos», dije con las manos aún aferradas al volante.

Sin quitar la llave del contacto, me bajé y estiré los brazos al cielo. Apenas había nubes. Algún cirro en la lejanía como un fantasma. Mi hermana seguía en el asiento, ahora limpiándose con el meñique los restos de carmín de los dientes, como si temiera que tras la puerta apareciese mamá con el delantal puesto. Seis años llevaríamos sin pisar aquella casa que, a estas alturas, tendría carcinoma hasta en los cimientos. Seis años que deberían haber sido tres meses, porque mamá nos pidió expresamente que la enterrásemos en su casa, pero, total, ya muerta, qué más daba dónde. Así que la enterramos en Madrid. Mi hermana, que había prometido un entierro como Dios manda, ahora no se atrevía a bajar del coche. Yo podría haberme traído las cenizas, al menos, y esparcirlas por el campo, pero se me olvidaron. Es lo que tiene guardarlas al fondo de un armario que nunca abres, pensé mientras forcejeaba con la puerta. Jamás cedía a la primera. Una puerta de mierda, carcinoma en los cimientos, dos pisos de un amarillo enfermizo, todo al cincuenta-cincuenta. «¿No piensas entrar?», le grité. Encogiéndose de hombros, agitó en el aire un cigarrillo y apoyó el culo en el capó aún caliente.

Dentro olía extraño, como si hubieran prendido fuego a un panal de abejas dentro de una piscina de plástico. Muchos años, demasiados, cerrada a cal y canto. A pesar del polvo y del olor, por dentro tenía buen aspecto; hacía falta acuchillar el parqué y arrancar ese horrible papel pintado, pero los muebles estaban bien, incluidos los dos sofás naranjas y el juego de cinco sillas tapizadas con la misma tela. Me paseé por la cocina. Si acaso, una

nevera nueva. No debería costarnos mucho vender la casa.

Sobre todo, porque íbamos a pedir más bien poco. Cuanto antes nos la quitáramos de encima, mejor. De vuelta en la entrada, me agarré al pasamanos y subí las escaleras echando un vistazo a las fotos de la pared. De pequeñas, vestidas iguales mi hermana y yo dábamos un poco de miedo, pero menos que mi madre sonriendo a cámara detrás de nosotras con el delantal de despiece.

Nuestro cuarto seguía con las dos camas gemelas y los cuadros bordados de angelitos que habíamos intentado reemplazar, sin éxito, por pósteres de nuestros ídolos adolescentes. Aquello nos costó una semana sin salir y una bofetada a cada una. En la habitación de mamá sentí algo extraño. Me acerqué a la ventana. Desde ahí podía ver el coche y a mi hermana apurando el cigarrillo. Capaz era de encenderse otro con tal de no entrar. En realidad, todo estaba como siempre, pensé al girarme y echar un vistazo al cuarto: el papel pintado amarillo con la humedad en la esquina, la orquídea de plástico sobre el tocador, el crucifijo encima del cabecero. De pronto, lo vi. Sobre la cama, el vestido de terciopelo azul, tirante ancho y largo por debajo de la rodilla. Era extraño verlo ahí tirado sobre la colcha. Al pie de la cama, un zapato de tacón. Ni rastro del otro. Como si mamá hubiera salido disparada huyendo de un incendio. Acaricié el vestido y me lo puse por encima de la ropa. La zapatilla, la derecha, la del agujero en la puntera, fuera. Metí el pie dentro del zapato. Me pareció gigante. Frente al espejo, el pintalabios de mamá. El rosa que al sol se veía naranja. Así parecería una princesa. Así es como deberíamos haberla vestido para el entierro. Me dejé caer sobre la cama. Un olor a aceite quemado me llegó desde abajo. Mi hermana, como yo, un desastre cocinando, pero era de agradecer el gesto. No recordaba que hubiera traído comida, se habrá ido a la tienda, pensé. Al fin y al cabo, no estaba lejos. Se habría hecho con unas croquetas congeladas, porque mamá intentó enseñarnos y dejarnos la receta secreta en herencia, ese legado de bechamel casera con carne troceada, pero no hubo manera. Sin quitarme el vestido, arrastré el zapato de tacón hasta la ventana. El ruido de los cubiertos. La mesa puesta. Pero mi hermana seguía fuera, otro cigarrillo, la vista clavada en la yerba seca, el cuerpo sobre el capó aún caliente.

No supe verlo

De Pilar Payo Pérez

Sé que he llegado al final pero no tengo miedo, ni mucho menos temor a lo que me venga. Estos últimos años mi vida ha sido un infierno así que creo que para mí será una liberación.

Por más que piense, que analice, no soy capaz de comprenderlo. Todas las semanas, durante estos años he ido a visitarle a la cárcel. He buscado en su mirada una respuesta, una explicación, nada, absolutamente nada. Sus ojos son los mismos que los de aquel bebé que quiso venir al mundo en Navidad. Yo no creo que haya amado tanto como amé a ese ser que había crecido dentro de mí.

Fue un parto largo y difícil que puso en riesgo mi vida. Cuando recobré el conocimiento me informaron que la hemorragia no remitía y me tuvieron que extirpar el útero. Nunca volvería a ser madre pero apenas me importó; acababa de dar a luz un niño sano y fuerte al que pondría el nombre de su abuelo, Juan.

Cuando examinas aquellos años en retrospectiva encuentras cosas que podrían haber sido señales, indicios, pero el amor nubla tu realidad. Los profesores decían que tenía una mente privilegiada. Mentes como la suya son capaces de desarrollar descubrimientos para preservar la vida, él eligió la destrucción.

Al ir cumpliendo años se veía claramente que dominaba a todos los chicos de su grupo. Muchos padres se dieron cuenta y prohibieron a sus hijos ir con él. Fue por entonces cuando aquellos chicos empezaron a tener accidentes. Nunca pudieron atribuirle nada, era demasiado listo así que el castigo o la culpa de lo que sucedía siempre recaía en los otros.

Las alarmas saltaron cuando su tutor me dijo que quería hablar conmigo en persona. Intenté saber si Juan se había metido en algún lío o iba mal en los estudios. Su respuesta me dejó sin palabras:

-Por eso no se preocupe -dijo-, su mente es privilegiada, podría decirle que tal vez sepa y tenga más información que yo, pero es tan grave lo que he averiguado que no puedo contárselo por teléfono.

Los sucesos posteriores me hicieron olvidar la inquietud que había creado en mi ánimo aquella conversación.

Se produjo un incendio atroz en uno de los chalets cercanos al instituto. Jamás pensé que fuera del profesor que hacía unos días me había llamado. La casa quedó destruida por

completo y sus habitantes quemados. Eran el profesor, su mujer y sus tres hijos de corta edad. Todos los medios dijeron que los cadáveres, calcinados, estaban en sus camas sin signos de que pudieran haber hecho nada. Nunca descubrieron a los culpables.

Cuando llegó el momento de ir a la Universidad eligió Licenciarse en Humanidades, nadie comprendió, con sus notas, y pudiendo elegir cualquier otra carrera que optara por esa.

Había visto a mi hijo tratar a las personas con una superioridad aplastantes. En alguna ocasión llegué a pensar que nos veía cómo a cucarachas que había que aplastar, así que supuse que habría cambiado y quería conocer mejor al ser humano.

En aquella época no podía evitar tener miedo; cada vez conocía menos a mí hijo y no entendía su crueldad. Le llevé a todos los especialistas que me recomendaron, y coincidieron en que era enormemente listo pero no tenía ninguna patología mental.

Pronto se cansó de la Universidad y se puso a trabajar. Enseguida encontró empleo en el departamento de control de materiales de una constructora.

Hablaba más conmigo pero seguía despreciando a la gente y me decía: ¿ves a éstos?, pues todos ellos tienen un “chip” defectuoso. Él se consideraba un ser superior, el resto éramos morralla.

Comenzó a viajar por trabajo y pasaba cada vez más tiempo fuera.

Un día la policía vino a casa, lo primero que pensé fue en un accidente. Pero no, venían a saber de Juan. ¿Cómo era? ¿qué hacía? y si podían ver su habitación... me dijeron que lo estaban buscando (estaba tan bloqueada que no les pregunté por qué).

Los primeros cadáveres apareciendo ocasionalmente en las obras que él llevaba; se descubrieron dos pero según fueron investigando en el resto de las construcciones, aparecieron diez, doce, el número de ellos bailaba en mi mente. A partir de entonces todo saltó por los aires.

Cuando sucede algo así la madre siempre es considerada culpable por quienes la rodean, pero en este caso, yo me sentía así.

No tuvieron dudas, él mismo relató el cuándo y el cómo de cada uno de ellos.

En la última fase de las investigaciones cuando todos los agentes no salían de su asombro por la crueldad con que había asesinado a aquellas personas y sin que nadie lo esperara, declaró que, unos años atrás había quemado vivos a su profesor y a su familia. Contó que esperó a que se durmieran y les fue rociando, uno a uno, con un gas paralizante. Despertaron en medio de las llamas, pero no pudieron moverse.

La última vez que fui a verle a la cárcel ya sabía que no volvería. Esa certeza me dio valor para mirarlo de frente, observar su rostro, intuir sus emociones... Ahí fue cuando supe que no había esperanza.

Mi pequeña gran circunstancia

De M^a de la Soledad Salas Alcaraz

Ana me llamo. Mi nombre no tiene nada de particular. En el mundo hay miles de millones de “Anas”. Pero, todas y cada una de nosotras, al igual que yo, tenemos una historia particular a la par que especial.

Como decía Ortega y Gasset “Yo soy yo y mis circunstancias”. Eso es precisamente lo que nos hace diferentes. Las circunstancias que nos toca vivir.

No las escogemos como un nombre. Ellas nos eligen a nosotros. Somos como las huellas dactilares en el carnet de identidad, aparentemente idénticas pero únicas e irrepetibles.

Con setenta años, tengo en mi colección personal, miles de circunstancias, pero siempre hay una que es el punto de inflexión a partir del cual, la vida juega su partida dejando caer todas las piezas de una a una por el efecto dominó.

Era la mayor de ocho hermanos. Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Apenas queda en mi memoria nada de ella. No me dio tiempo a llorarla como se merecía, justo una semana después me marché de interna a casa de la Señora Encarnación. Aquella niña llevaba una cara nublada de miseria, zapatos con punteras rotas, lo puesto y un hato de recambio para los domingos. Nunca hubo domingos... Nunca hubo colegio.

¡Como envidiaba a esas niñas que iban al colegio protestando con carteras de cuero marrones a los hombros! -Yo las seguía imaginando que iba al colegio. ¡Imposible! a los hombros mis circunstancias, cántaros de agua. La fuente estaba bastante antes que el colegio, nunca llegué a ver ni la puerta.

Siempre me he sentido identificada con las personas ciegas y sordas. Todas tienen una discapacidad que hace que su comunicación con los demás no sea una tarea fácil.

Yo era analfabeta, nunca nadie me había dado una oportunidad. A cambio, me sentía, ignorada, juzgada, rechazada. Palabras aprendidas de memoria por imitación, contemplando sus formas, asociadas a sonidos.

Toda mi vida, he sido objeto de burlas por gente que no me conocía ni a mí ni a mis circunstancias. Cada vez que iba al médico, a la farmacia, al ayuntamiento e incluso a las reuniones del colegio de mis hijos, procuraba ir acompañada.

Un ciego suele ir acompañado de su perro guía o solo de su bastón. Ambos son una parte intrínseca de él, su continuación. Mi continuación era la vecina o amiga que solían

acompañarme, las cuales, muy de vez en cuando, soltaban la inoportuna coletilla de “es analfabeta”.

”La vida es como un puñado de arena en la mano de un niño”. Desaparece sin apenas darte cuenta. Mi tiempo se esfumó, cuidando la casa, el marido, los hijos, los nietos e incluso un perro y una cacatúa.

Afortunadamente, cuando todavía existe una buena circunstancia, no todo está perdido. Apareció en forma de papel amarillo, con letras negras, de la mano de mi nieta Carmen.- ¡Abuela, abuela hay un cole de mayores en la asociación de vecinos del barrio! – no puede ser, le respondí.

Mira abuela aquí pone” club de lectura para adultos”. ¡Los jueves en la asociación de vecinos a las dieciocho horas! – leyó la niña.

Apagué el fuego, cogí las llaves y el monedero. Salí a la calle igual de rápido que los días cuando olvidaba comprar el pan justo antes de comer. Esta vez iba a la papelería del barrio y corría como una niña de quince años.

¡Por fin mi ansiada cartera de cuero marrón! Llena de “un nunca es tarde si la dicha es buena” entre la cartilla, cuaderno y lápices.

Las seis clavadas, punto de encuentro, biblioteca asociación vecinos Santa Lucía. Sentadas en pupitres dispuestos en U. Nos presentamos y a continuación, Maite la moderadora, nos dijo – ¡Poned los libros sobre la mesa, empezaremos subrayando los párrafos más importantes!

Yo, un coctel pizca ilusión y emoción, igual que Mary Poppins extraje la cartilla, el cuaderno y el lápiz de la ansiada cartera. Pero, cuando levanté la cabeza del pupitre. ¡Oh Dios, chorro a sifón de confusión! todas las miradas incrédulas al unísono, apuntaban hacia mí. No lo entendí, hasta que vi sus pequeños libros iguales encima de la mesa. No eran cartillas. Acerté a preguntar con un hilo de voz- ¿Esto no es una escuela para aprender a leer?-. La moderadora me respondió suavemente, - No, es un club de lectura, se lee un libro y se comenta.- Sus ojos se llenaron de lágrimas y emocionada volvió a añadir. -Pero a partir de hoy, nuestro club de lectura tiene una tarea más importante y es enseñarte a leer.-

Todos se emocionaron desde el primer momento en el que puse la cartilla encima del pupitre.

Fue la primera vez que leí en rostros ajenos la palabra comprensión.

Después de ese día aprendí a escribir y a leer, gracias a todos los amigos del club de lectura. Ellos fueron mi pequeña gran circunstancia.

Aquellos que leyeron en el rostro de una mujer de setenta años, la ilusión por aprender de una niña de siete.

*Este libro acabó de imprimirse para el acto de entrega
premios y evento literario correspondiente al
IX Premio de Relato Fundación Fomento Hispania,
el día 9 de octubre de 2025.*

Este libro, *Sobre Mujeres III*, recoge los relatos finalistas y ganadores de las ediciones VII, VIII y IX del Premio de Relato Fundación Fomento Hispania. Son historias de hasta cinco mil caracteres que tratan de forma explícita o implícita sobre las mujeres.

El Premio no habría alcanzado la relevancia y reconocimiento que hoy tiene sin la colaboración de quienes han integrado sus jurados, estas tres últimas ediciones hemos tenido el privilegio de contar con figuras como Sergio Ramírez, Soledad Puértolas, Luz Gabás, Alicia Giménez Bartlett, Ana Merino, Rosa María Calaf, Manuel Vilas, María Ángeles Pérez López y Paloma Sánchez Garnica.

Se unen a los jurados de los que hemos disfrutado en ediciones anteriores, Ángela Vallvey, Ernesto Pérez Zúñiga, Espido Freire, Rosa Navarro Durán, Ignacio Merino, Carmen Posadas, Inés Fernández-Ordoñez, Javier Moro, Ángeles Caso o Care Santos, entre otros y a quienes manifestamos en este libro nuestro más profundo agradecimiento.

Antes de este libro se editaron otros dos volúmenes, *Sobre Mujeres* y *Sobre Mujeres II*, con ellos la Fundación quiere recordar y resaltar, en particular, el papel de mujeres escritoras, artistas y creadoras a las que la Historia no les dio el reconocimiento que se merecen, y por otro lado, homenajear, en general, a todas las mujeres.



En este código y este enlace podrá disfrutar de la versión en audiolibro de toda la serie.
<https://fundacionfomentohispania.org/audiolibrosobremujeres>



Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq. Madrid 28005
Tel. 91 541 93 64